

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
 EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

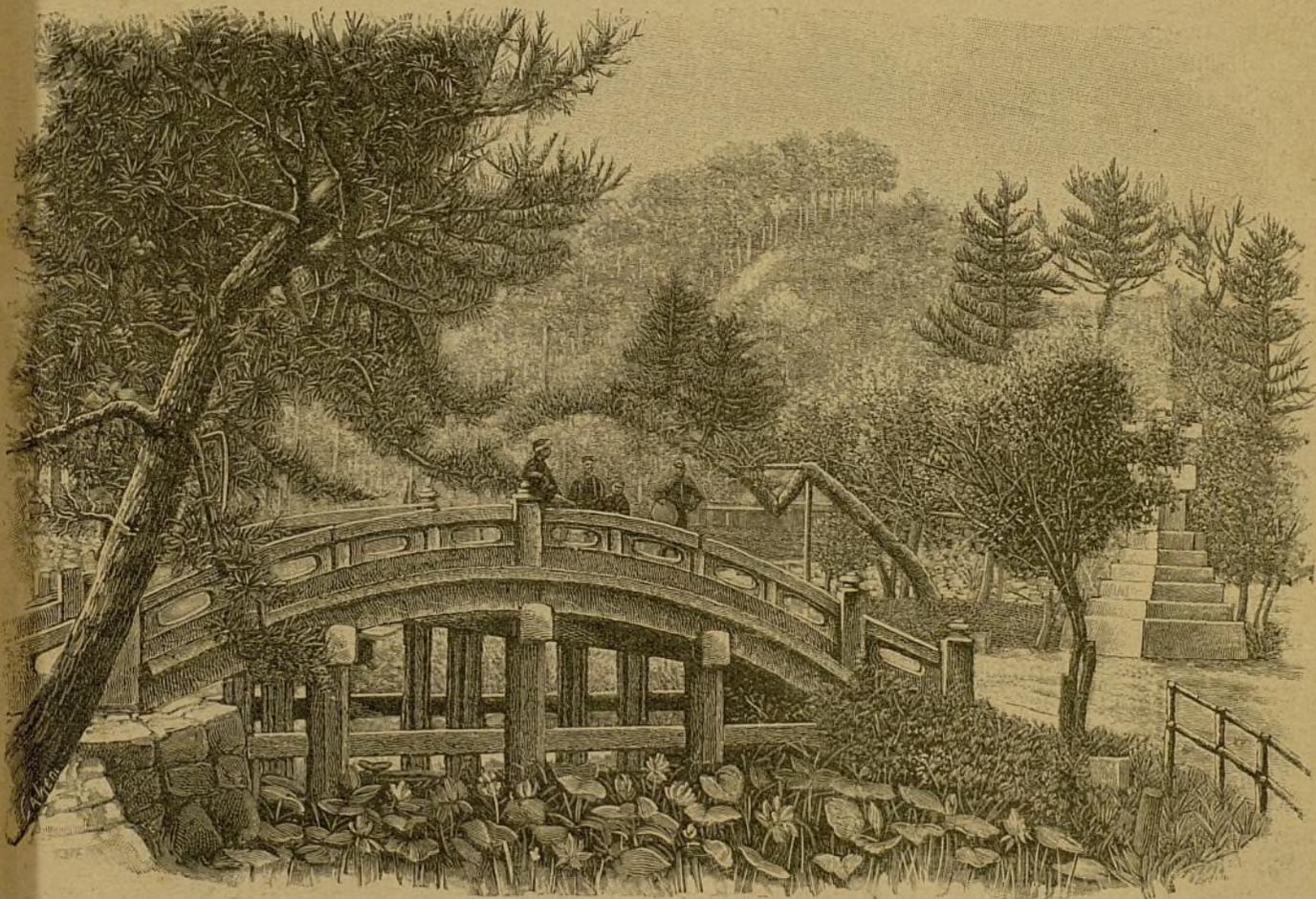
Se publica el 15 de cada mes

Año IX. - Martes, 15 Enero 1901. - N.º 169

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
 El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



JAPÓN.—PUENTE EN KAMAKURA

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 15)

SUMARIO

Texto.—China. DOS MESES DE SITIO: Diario del Ilmo. Favier.—*Sanghai*. Reflexiones acerca de la cuestión de China: Causas que la han motivado; Las Misiones agustinianas en China.—**LOS PIGMEOS:** VIII, Caracteres sociales de los negrillos.—**JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO:** Ruinas y mausoleos. Kamskura. Tokio. **LOS HERMANOS MARISTAS EN EL TRANSWAAL.**—**VARIEDADES:** *Vae victoribus!*—**NECROLOGÍA:** El Ilmo. P. Salvado.—**CRÓNICA.**

Grabados.—**JAPÓN:** Puente en Kamskura; Templo de Hachunan.—**GABÓN:** Fuego que los negrillos mantienen siempre vivo en el campamento; Lazo corredizo dispuesto para servir de cepe; Cepe para ratones y otros pequeños roedores; Cepe para caza mayor.—**JAPÓN:** El Ginko Nippon (Banco del Japón); Fosos de Tokio; Puente del palacio del Mikado en Tokio; Alrededores de Tokio; Palacio de Akasaka.—**AFRICA ECUATORIAL:** Cepe para monos; Para subir á los grandes árboles.—**GABÓN:** Chozas de un buchman (Kalahari).—El Ilmo. P. Salvado.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CHINA

DOS MESES DE SITIO

DIARIO DEL ILMO. FAVIER

(Continuación)

Viernes, 22 de Junio, Fiesta del Sagrado Corazón.—El bloqueo es tan perfecto que toda comunicación con el exterior es imposible.

Los sitiados somos:

Ilmo. Favier; Ilmo. Jarlin, sufragáneo; P. Ducoulombier, superior general del vicariato; P. Girón, director del Seminario; P. Chavanne, catedrático, llegado hace poco tiempo; el seminarista Gartner y los Hermanos Denis y Maës. El Hermano Visitador, el Hermano Superior y cuatro Hermanos Maristas; veintidós Hermanas de la Caridad, de las cuales ocho son indígenas; treinta marineros del *Entrecasteaux*; el teniente que los manda D. Pablo Henry; diez marineros italianos; un ayudante y el teniente Olivieri; ciento once alumnos de los Grande y Pequeño Seminarios; 900 hombres ó jóvenes refugiados; 1,800 mujeres ó niñas; 450 niñas de los colegios ú orfanotrofios; 51 niños de de teta.—Total aproximado: 3,420, comprendidos 71 europeos.

A libra por persona y por día tenemos provisiones para más de un mes: el armamento se reduce á los 40 fusiles de los marinos; 7 ú 8 fusiles de varios sistemas que manejan los chinos, algunos malos sables y 500 lanzas ó mejor 500 bastones forrados de hierro. El perímetro que debemos defender mide 1,360 metros.

Había anunciado que hoy el vicariato se consagraría al Sagrado Corazón. A las seis y media un sacerdote arrodillado á las gradas del altar leía las primeras palabras de la consagración, cuando un cañonazo formidable hizo añicos una ventana del templo donde nos habíamos reunido, y mató una mujer. Terrible pánico, muy excusable, se ha apoderado de la multitud, que empujándose buscando refugio en los altares y sacristía del Oeste, pues nos atacaban por el Este. Los cañonazos sucedíanse, y nos apresuramos á salir del templo: 14 cañones Krupp disparaban sin interrupción bombas Scharappnell del último modelo. Las ventanas y muchas columnas de ladrillos, gimen y vuelan hechas pedazos; la fachada sufre mucho; caen las campanas, pero la

blanca cruz de mármol extiende sus brazos impávida, serena, triunfante. A las tres y media era tal la violencia del ataque que creímos llegada la hora de morir. A las cinco, un cañón chino emplazado á 300 metros de nuestra puerta principal, envía un certero cañonazo que la derrumba hecha astillas.

Indignados por tanta audacia, el comandante Henry y el Ilmo. Jarlin eligen cuatro marineros y treinta cristianos, y después de nutrida descarga, salen furiosos por la destrozada puerta y, despreciando el incessante fuego de los chinos, se apoderan del cañón y lo arrastran hasta nuestra improvisada fortaleza. Murieron dos cristianos y otros dos fueron heridos. Poco después han callado los cañones, y los boxers gritando como energúmenos han incendiado las casas del Sud vecinas al recinto que defendemos. A esto han limitado sus hazañas, pues hoy habían cedido la plaza á los soldados del príncipe Tuan. ¡Durante el ataque nos han enviado 530 cañonazos! Tenemos que lamentar la pérdida de tres hombres y una mujer. ¡Poca cosa para tanta pólvora!

Sábado, 23 de Junio.—La noche ha transcurrido con relativa tranquilidad: á las nueve de la mañana reanudan el ataque con violencia igual á la víspera. Permanecía sentado junto con el comandante en un banquillo cerca la puerta principal, viendo saltar en mil pedazos los ricos mármoles de la fachada de nuestra iglesia, cuando un diestro tirador coloca una bomba al pie de la cruz, que cae al suelo hecha pedazos. ¡Sentí placer, felicidad tan grande el día que vi á la hermosa cruz de mármol blanco extender triunfante sus brazos, coronando el deseado templo! ¡Sólo han transcurrido trece años! Pero si Dios nos salva, una cruz de mármol blanco extenderá otra vez triunfante sus brazos salvadores sobre la restaurada catedral!

A las cuatro de la tarde cesa el bombardeo: hoy nos han regalado 360 cañonazos, y no debemos lamentar ni un herido: todos oramos fervorosos, dispuestos á morir. La protección de Dios y su Madre Santísima es visible.

Domingo, 24 de Junio.—Las tropas regulares, protegidas por las paredes de las casas incendiadas, desde primeras horas de la mañana nos envían millares de balas Maüser, disparadas por flamantes fusiles del más perfeccionado modelo. Hasta el mediodía hemos recibido treinta cañonazos que relativamente nos causan poco daño. A las cuatro de la tarde emplazan una batería de cuatro cañones en el K'u, al norte de nuestro refugio: los tártaros lanzan sobre la iglesia y campos contiguos mortíferos obuses que destruyen las defensas del Este. Mueren dos cristianos. Las municiones escaseaban á los italianos, y el comandante Henry al frente de diez marineros franceses corre á socorrerlos. Las balas enviadas á 750 metros, reducen á silencio la batería: los tártaros, después de perder 50 hombres, se apresuran á salvar los cañones retirándolos. La moral es excelente, el estado sanitario bueno, la protección divina manifiesta, y confiamos poder resistir los más rudos ataques de nuestros enemigos. ¡Quiera Dios que tengamos víveres bastantes y que lleguen á tiempo las fuerzas auxiliares!

Lunes, 25 de Junio.—La noche y la madrugada han

sido relativamente tranquilas: parece que en las legaciones se está luchando con encarnizamiento: los cañones de ayer callan escondidos detrás las trincheras. Sufrimos una granizada de balas desde los parapetos ó casas incendiadas: pero los tres últimos días nos han acostumbrado á tan ensordecedor alboroto, que la fusilería apenas nos llama la atención. Los boxers colocan maniqués en las casas cercanas: tan infantil estratagema no sirve ni para hacernos derrochar una sola bala. A cada soldado le quedan 275 cartuchos: procurarán aprovecharlos.

Martes, 26 de Junio.—Los boxers incendian todas las casas vecinas á la muralla que nos protege, y trabajan detrás del muro imperial, construyendo escaleras y andamios y esforzándose en emplazar los cañones de manera que puedan tirar á mansalva. De todas partes lueven balas, que á nadie hieren. Esta tarde gran combate en las legaciones.

Miércoles, 27 de Junio.—A las seis de la mañana los boxers inician el ataque por el Sud: precedidos de una gran bandera roja avanzan por la calle que conduce á la puerta principal de nuestro refugio; creyendo quizás que las balas de los días anteriores habrían acabado con la fuerza encargada de su defensa. Al igual que la vez primera algunas certeras descargas los han dispersado y puesto en vergonzosa fuga: se les ha perseguido recogiendo las armas que abandonaban. En esta salida, de apenas cien metros, hemos tenido la desgracia de haber sido gravemente herido en la espalda el subteniente. Desde casas, escaleras, andamios, y durante seis interminables horas, el enemigo se ha complacido tapizando de proyectiles las calles y plazas de nuestro refugio y las paredes que nos protegen. A las once de la noche nos sorprende un numerosísimo grupo de boxers que lanzan bombas incendiarias y flechas encendidas contra la puerta principal, la cual rocían de petróleo sirviéndose de bombas contra incendios que lograron robar. Los soldados regulares envían con sus Mausers una lluvia de plomo: todos cumplen como buenos: la puerta es salvada, y solo debemos lamentar un cristiano herido. Los marinos son admirables: llevan un escapulario y un Crucifijo y sienten la protección de Dios.

Jueves, 28 de Junio.—Durante el día hemos descansado: á las seis de la tarde somos atacados, llegando á contar 42 disparos por minuto. ¡Terrible noche! Los boxers reanudan el ataque contra la puerta. Las doce serían cuando los nuestros furiosos se resuelven á salir: matan diez, ahuyentan los restantes, se apoderan de dos bombas llenas del citado líquido, de pólvora, de plomo y de algunas cajas llenas de vestidos. A pesar del incesante fuego de las tropas regulares, incendiaron las casas desde donde nos causaban mayor daño. Las bombas apresadas contenían cada una más de 100 libras de petróleo.

Viernes, 29 de Junio. Fiesta de San Pedro y San Pablo.—Todos felicitamos al heroico comandante Pablo Henry: hablamos de Angers, su patria, y de la alegría que tendrán sus padres el día en que vuelvan á estrecharlo contra su corazón. El contesta sonriendo: «Logremos salvar Pei-t'ang: quizás algunos no veremos el

día de la libertad: sería para mi gran fortuna morir por causa tan santa: confío que el Señor me abriría las puertas de la gloria. Si debo morir, cuando me matarán ya nadie tendrá necesidad de mí...»

Le he repetido mi súplica constante de que no expusiera su preciosa existencia: temo por él: ¡es tan valiente, tan heroico, tan bueno!

Diríase que los boxers han resuelto dejarnos gozar en paz este día, pues á parte de algunas balas que rompen los pocos cristales sanos ó se aplastan contra las paredes, reina la calma, y no sufrimos ataques que merezcan tal nombre. A las diez de la noche se desencadena una furiosa tempestad, á pesar de la cual óíase constante y nutrido el fuego de fusil hácia las legaciones.

Sábado, 30 de Junio.—Esta mañana ha sido triste: ha fallecido el subteniente Joannic: lo creíamos convaliente, cuando la gangrena hizo presa de sus heridas, causándole la muerte en breves horas: carecemos de médico y cirujano. Este valeroso bretón ha muerto confortado por todos los Santos Sacramentos.

A las once y media nos sorprende un nuevo bombardeo: doce bombas de gran calibre estallan en el aire sin causarnos el menor daño. A los quince minutos callan los cañones y cesan las nutridas descargas de fusil que desde el Este nos dirigían. ¿Qué sucedía? En la cumbre del monte *Torre blanca*, que se levanta entre los lagos del palacio imperial, á 1,200 metros de nosotros, vense veinte personajes ataviados con gran riqueza: suponemos son el príncipe Tuan, la Emperatriz y algunos altos funcionarios que han tenido la ocurrencia de presenciar el bombardeo cual pudieran presenciar un castillo de fuegos artificiales. Los marineros querían saludarles con una descarga de Lebel, pero creí deber impedirlo para no exasperar la ya furiosa cólera.

A las cinco y media enterramos en el jardín al subteniente, sin aparato alguno y lo más rápidamente posible, pues las balas caían sin interrupción al rededor de los asistentes. Los valerosos cristianos repetían llorando: «¿Por qué no hemos muerto cien de nosotros en lugar de este heroico marinero?»

Domingo, 1.º de Julio.—A las ocho oímos hacia al Sud recio cañoneo: ¿serán los refuerzos? esperamos contra toda esperanza. Por vez primera comemos carne de jumento: á esta seguirá la de mula y de caballo: tenemos dieciocho. La viruela se ceba con los niños, diariamente mueren siete ú ocho.

Lunes, 2 de Julio.—Los ataques disminuyen en intensidad, pero los alimentos son pésimos: se agotaron las hierbas saladas y las legumbres que han sido hasta hoy el alimento de los desventurados cristianos, quienes van perdiendo la resignada paz de los primeros días: calor 38°, humedad constante, doce días sin recibir noticia alguna del exterior. ¡Cuán largo nos parece el tiempo del asedio!

Martes, 3 de Julio.—La persistente lluvia torrencial nos causa vivas inquietudes. Si empieza la estación de las lluvias debemos renunciar á las esperanzas de libertad. Es cosa sabida que en China fuma todo el mundo: ayer se acabó el tabaco; para substituirlo pulverizan hojas secas de peral. La mortandad aumenta:

por término medio enterramos diariamente quince niños.

Miércoles, 4 de Julio.—Esta mañana, á juzgar por lo espantoso del ruido, las legaciones deben sufrir un gran ataque. Al mediodía soldados y boxers levantan un terraplen al Norte de la muralla amarilla: es indudable que desean emplazar cañones á 800 metros para bombardearnos por el lado opuesto al en que hasta hoy lo hicieron. Nuestros tiradores matan una docena de estos bandidos.

A las cinco de la tarde los boxers preséntanse delante de la puerta principal. Teníamos cargado y apuntado el cañón cogido al enemigo, pero el soldado chino, antiguo artillero cristiano del ejército del príncipe Tuan, dispara sin orden y mucho antes de lo conveniente: el enemigo huye, retirando algunos heridos. Varios remeros cristianos, refugiados entre nosotros, construyen excelentes cartuchos Lebel, Maüser y otros: no faltan, pues, municiones.

Viernes, 6 de Julio.—Empezamos á temer el hambre: arroz, trigo, habas, mijo, todo es pesado con exactitud: el total excede á lo que esperábamos: unas sesenta mil libras. A libra por persona y por día tenemos víveres para veinte días, pasados los cuales es casi indudable que habremos sido ó vencidos ó libertados. A las cinco de la tarde nos sorprende un fuerte ruido: es un extraño cohete arrojado contra la iglesia, y que entra por un ventanal dejando tras sí larga estela de fuego. Lo recogemos y examinamos: lo forman un tubo de cobre largo de unos 70 centímetros, terminado en su parte inferior por fuerte punta triangular de hierro, y una rama ó palo, largo de 3 metros y medio, á manera de cola. Estos cohetes hunden una techumbre con tanta facilidad como las balas de cañón, y su principal peligro es el fuego que propagan.

Sábado, 7 de Julio.—Desde las cuatro y media á las siete de la mañana los boxers nos envían los peligrosísimos cohetes. Suman más de 250 los caídos ardiendo: hemos tomado todas las precauciones posibles: toneles, bañeras, cubos llenos de agua, hombres provistos de garfios, preparadas las bombas, y el fuego no se ha propagado. A las seis truena el cañón del Norte y nos envía primero balas rasas: se le contesta con descarga cerrada y algunos disparos de la pieza de artillería, emplazada convenientemente. Los tártaros sorprendidos cambian rápidamente el cañón y en su lugar emplazan un Krupp. El primer disparo de metralla despedaza á nuestro artillero: la posición se hace insostenible: las balas abren múltiples brechas en los edificios que se levantan al Oeste del Jeu-tse-t'an. Centenares de balas agujerean las techumbres. Hoy ha sido uno de los días más terribles del sitio. Muy avanzada iba ya la tarde cuando los boxers reemplazaron los obuses por bombas chinas, la mayor parte de las cuales acostumbra á no explotar; total: 360 cañonazos en doce horas. Lamentamos un muerto y pocos heridos. Sin la divina protección hoy debía ser todo pasto de las llamas.

Domingo, 8 de Julio.—A primeras horas de la mañana trabajábase en reconstruir ó reparar lo destruido ó maltrecho por el cañoneo de ayer; pero á las nueve reanudan con nuevo vigor el ataque: balas rasas primero y metralla después. La parte superior de la torre del reloj queda destruida. Total: 102 cañonazos y múl-

tiples cohetes, que no logran incendiar nuestros establecimientos.

Lunes, 9 de Julio.—A las cinco de la mañana los boxers nos envían como saludo una lluvia de cohetes: durante todo el día llueven las balas, y contamos 107 cañonazos: han herido dos cristianos. El cansancio se apodera de todos y sentimos profunda inquietud, pues parece que el enemigo se dispone á bombardearnos por el Oeste y por el Sud. De once á doce de la noche óyese hacia las legaciones el fragor de furioso combate.

Martes, 10 de Julio.—La madrugada transcurre tranquila: á las diez se reanuda el combate: los cañones del Norte prosiguen su obra destructora. A las dos de la tarde era tal la furia del ataque que puede afirmarse ha sido de los peores que hemos sufrido: dos piezas de gran calibre han causado graves destrozos á la puerta principal y á la iglesia. Algunas certeras descargas les hacen callar breves momentos: los artilleros chinos para librarse de nuestros tiradores se colocan detrás de planchas de hierro. Cabe la puerta principal el marinero David recibe un balazo en la cabeza, y muere media hora después habiendo recibido los Santos Sacramentos. Sólo cinco hombres defienden este peligroso puesto, los demás se refugian en las casamatas: han lanzado contra el maltrecho refugio 107 proyectiles, cada uno de los cuales pesa 25 libras: uno de éstos, después de hacer astillas la ventana de mi cuarto, cae sobre el lecho que minutos antes abandoné. ¡Nuevo milagro, á no ser por el cual no escribiría estas líneas!

Miércoles, 11 de Julio.—Se hunde una casamata, y despreciando el peligro corren á repararla. Una bala Maüser se ha llevado parte del sombrero del Ilmo. Jarlin: unos milímetros más baja y quedamos sin coadyutor. ¡María, nuestra Madre, ha salvado al muy querido y heroico Obispo!

A la una y media ha comenzado el bombardeo, y minutos después una explosión terrible hace temblar todos los edificios. Una columna de tierra y piedras se levanta á más de 30 metros de altura al lado de Jen-t'se-t'ang. Corremos al indicado sitio: afortunadamente la mina había sido mal calculada, y sus efectos limitáronse á cuarteear algunos edificios, que bastará apuntalar: un muerto y algunos heridos. Damos gracias á Dios. Sigue el bombardeo: un proyectil estalla en la capilla de las Hermanas, entre los bancos abandonados minutos antes para dirigirse á cenar.

Durante la noche hemos salido á incendiar las casas que ayer ocupaban los boxers: en ellas se encontraron veinte latas de petróleo, sables y fusiles, todo lo cual hemos dejado que fuera pasto de las llamas.

(Concluiré).

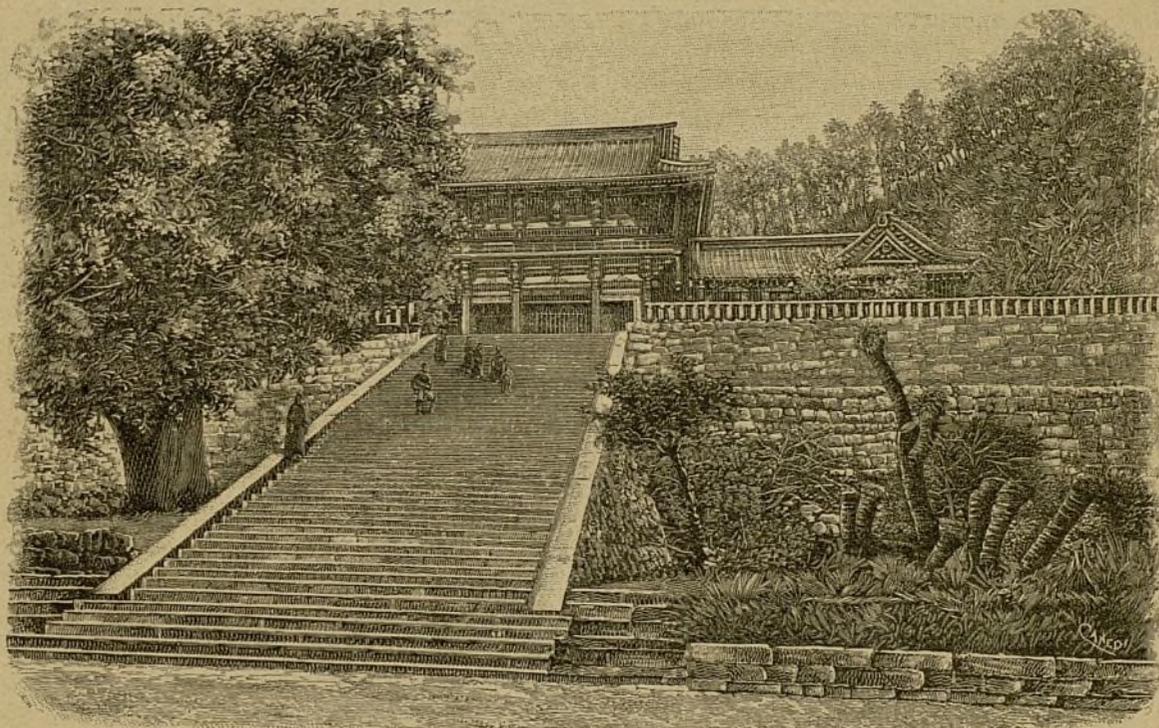
A la amabilidad del R. P. Fr. Tirso López, agustino, debemos la siguiente carta que al Rmo. P. Fr. Pío Keiller, ex-asistente general, provincial de la de Baviera, escribe el R. P. Fr. Saturnino de la Torre, de la citada Orden:

Sanghai, 15 Octubre 1900.

Reverendísimo Padre nuestro y de todo mi respeto: Le envió el cuadro general estadístico de nuestras Misiones en Hunan; y por él verá que el Señor en su misericordia se ha compadecido de nosotros y de estos infelices paganos, abriendo los ojos á muchos para que

vean la luz de la verdad y la abracen; pues aunque no es muy grande (en sí considerado es muy pequeño) el número de bautizados, ha excedido en el doble al de años anteriores; habiendo aumentado también no poco el número de catecúmenos. Además se han abierto muchos sitios á los cuales no podíamos antes acercarnos, y hemos construido tres iglesias, en vez de las capillas provisionales que teníamos. Y si no hicimos más progreso es debido á la falta de medios pecuniarios por causa de que nuestros superiores se han visto y se ven imposibilitados para socorrernos conforme á sus generosos deseos, y como lo han hecho hasta aquí, cuando

revolución no pudiesen todos, y hubiese con quien empezar de nuevo á reconstruir lo que destruyeran; pero se quedó en Litchou el señor Obispo cuidando del orfanotrofo, y para dar las disposiciones quedaron también tres hermanos nuestros y dos sacerdotes indígenas, que han podido cuidar de todas las cristiandades, aunque con dificultad, por ser grandes las distancias: pero gracias á Dios, todo sé ha conservado en paz sin que se alterase el orden; á pesar de la mala impresión que causó la noticia de haber sido bárbaramente asesinado en la misma provincia (Hunan Meridional) el señor obispo *Fantossati* con dos de sus misioneros: y en



JAPON.—TEMPLO DE HACHUNAN. Reproducción de fotografía enviada por el P. Ribaud. (Pág. 11)

no se hallaban oprimidos por la funesta revolución filipina, cuyas desastrosas consecuencias se están palpano en todas partes.

Desde Junio próximo pasado, en que estalló la revolución antieuropea en China, hemos tenido que padecer también mucho en todos sentidos, pues nos vimos en la precisión de salir de nuestras Misiones todos los que estábamos en la jurisdicción de Yotchou, cuyo Prefecto me dijo terminantemente que eligiese para mí y para mis hermanos *ó huir ó morir*: en esa misma jurisdicción después de nuestra salida nos destruyeron dos residencias: en la una teníamos una iglesia nueva hermosísima, y todo ha sido arrasado. En la otra hirieron á varios cristianos, dispersándolos á todos después de robarles cuanto tenían: á dos de ellos los asesinaron bárbaramente, rociándolos con petróleo y quemándolos vivos para darles mayor tormento. De otra residencia se apoderaron los soldados convirtiéndola en cuartel; pero tenemos confianza de poder recobrarla fácilmente, porque el jefe militar se ha portado siempre muy bien con nosotros, y en nuestra ausencia ha protegido á los cristianos. En los grandes distritos de Litchou y Changtefu, en donde tenemos todas las demás residencias y cristiandades, no se ha alterado el orden. Se retiraron varios misioneros á fin de que si se extendía por allá la

un solo día quedó destruida toda la Misión por orden del Taotai (magistrado) de aquel inmenso distrito.

Ha sido un milagro de la divina Providencia el que nuestra Misión haya estado tan tranquila relativamente cuando de todas partes no se oían más que asesinatos é incendios: desde las montañas de *Sesneitien* me escribía nuestro intrépido hermano, el P. Lorenzo Alvarez, joven de 28 años: «Estoy aquí tan tranquilo como si en China no sucediera nada.» Casi lo mismo me han escrito los demás, lo cual es gran consuelo en medio de tantas y tan generales turbaciones, pero, aunque hasta ahora nos hemos librado bastante bien, aún no podemos prever los trastornos que habrá todavía, porque los chinos no se dan por vencidos, y han de ir cometiendo barbaridades por todas partes: y más ahora que el Gobierno fugitivo va poniendo muchos mandarines *manchu* (tártaros), que son los verdaderos jefes de esta revolución, todos ellos antieuropeos irreconciliables. Dios los confunda.

Como podrá ver V. Rma. en el adjunto estado, se han ido al cielo 332 párvulos, casi todos de la *Santa Infancia*, y hubiéramos podido salvar á muchos más si hubiéramos tenido medios pecuniarios; pero nos hemos visto en la precisión de cerrar todas, absolutamente todas las farmacias por medio de las cuales se

enviaban muchas almas á la gloria: también hemos tenido que disminuir y casi suprimir los bautizadores ambulantes, que con medicinas y con pretexto de curar *gratis* á los pobres, entraban por las casas y con unas cuantas gotas de agua regeneradora abrían las puertas del cielo á muchas almas. De todos estos medios nos hallamos privados por faltarnos un puñado de vil cobre; y á pesar de todo se han bautizado 489 niños. Tal es nuestro estado en esta materia que nuestro señor Obispo se ha visto en la precisión de dar orden de no recoger más niños que los que se hallen abandonados á la puerta del orfanotrofo ó á la puerta de los cristianos, y aún así nos vemos en graves dificultades para sostener y alimentar á las niñas recogidas; pues tenemos en lactancia 369, y cada una nos cuesta cerca de cinco francos mensuales por las amas, vestidillos y medicinas, que de cuando en cuando necesitan. Si V. Rma. se fija un poco, verá que bautizándose anualmente tantos cientos de niñas, sólo nos quedan vivas, como va indicado, 369 en lactancia; que aunque son carga muy superior para nuestras fuerzas, son muy pocas relativamente al número de recogidas; lo cual es debido, en gran parte, á que no disponemos de medios para tratarlas como su necesidad requiere; y en el orfanotrofo mueren también muchas por causa de las malas condiciones del establecimiento, que es muy húmedo, sin ventilación y sin comodidad alguna; no siéndonos posible el pensar siquiera en mejorarle por falta de recursos. Y es mucho de sentir que se vayan muriendo poco á poco las niñas mayorcitas: porque con ellas se podrían ir formando familias cristianas cuyas madres llevarían la buena y sólida educación recibida en el orfanotrofo, en donde por muchos años no ven más que buenos ejemplos con las prácticas continuas de piedad.

Para satisfacción de V. Rma. debo poner en su conocimiento que se han puesto siempre repetidos los nombres que nos ha encomendado se pongan á diversos niños. Lo consideramos un deber sagrado el hacerlo así, y seguiremos cumpliéndolo, siempre que tenga á bien el hacernos tal encargo.

REFLEXIONES ACERCA LA CUESTIÓN DE CHINA

CAUSAS QUE LA HAN MOTIVADO.—LAS MISIONES AGUSTINIANAS EN CHINA

Señor director de *Las Misiones Católicas*.

Muy señor mío:

Al leer en la Revista de su digna dirección el relato, á veces harto detallado, de los sucesos cuyo teatro ha sido el imperio de China, especialmente aquellas regiones en que el misionero católico tras incalculables fatigas, privaciones y desvelos había conseguido aumentar la grey de Cristo, disipando con los esplendores de la fe las tinieblas de la idolatría, y con su abnegación y heroísmo inveteradas preocupaciones, no sólo el cristiano, sino también cualquiera persona que, aunque por su desgracia no crea en las salvadoras enseñanzas de la cruz, conserve algo de sensatez y

cordura, experimentará honda pena al considerar la saña feroz con que los *i-ko-kiuen* (boxers) han tratado de extirpar cuanto oliera á europeo y cristiano, y concebirá admiración profunda hacia los apóstoles de la fe, que no han dudado un instante en sellar con su sangre las doctrinas que predicaban. ¡Llor á los nuevos mártires de la Religión católica! Su sangre generosa fecundará aquel árido suelo; en pos de ellos marcharán nuevas legiones de adalides, y á las casi extinguidas cristiandades sucederán otras florecientes y robustas, que permanecerán aunque el averno desate contra ellas nuevos y más furiosos vendabales. ¡Cuán cierto es que la Iglesia de Jesucristo se acrecienta y consolida en las persecuciones!

Al indagar el origen de los transtornos, que han conmovido á toda Europa, aparece como causa primordial, única en sentir de algunos, que á juicio nuestro no han examinado á fondo la cuestión, descartando por inútiles ciertos pormenores, cuyo alcance es más trascendental de lo que creen, es el odio de raza, el implacable y tradicional odio de los chinos á los *diablos europeos*, y la consiguiente oposición tenacísima á las reformas que tendían á romper el aislamiento casi completo del celeste Imperio en sus relaciones sociales y comerciales con las demás naciones, y á introducir en él la moderna civilización, pretendidos fines de la intervención europea.

Y no se puede negar el influjo de la expresada causa en el alzamiento de los boxers; pues el negarlo equivaldría á suponer en los chinos una candidez estúpida, una incurable miopía y una indiferencia incomprensible, dado el aferramiento de los mismos á sus costumbres y tradiciones; porque todo esto, y aun más, es necesario para no vislumbrar siquiera las intenciones de las cancillerías, que so color de protección desinteresada y amigable, ó bajo el pretexto de defender los intereses propios, vienen tiempo ha interviniendo en los asuntos del celeste Imperio por las dos vías más eficaces, por la diplomática y la de las armas. ¡Tal vez los chinos no sientan latir sus corazones á impulsos del amor patrio, ni tengan alientos para luchar por su independencia!... Sí, preciso es despojarles hasta del instinto de la propia conservación, para concluir que desconocen el alcance de los despojos realizados por Rusia, Inglaterra, Francia, Alemania y el Japón: ¿qué más? ¡hasta el novísimo y flamante reino de Italia quiso participar del banquete!

Las fuerzas que allá han enviado estas naciones con el aparente fin de sofocar la rebelión de los boxers y vengar las matanzas de europeos; Takú, Tien-Tsin y Pekín; las rivalidades surgidas entre algunas de las potencias; el cambio de notas diplomáticas dirigidas al allanamiento de las dificultades que se ofrecían, para convenir en el principio y bases de la paz; la energía con que todas protestan de que no pretenden otro objeto que el de afianzar ésta, y velar por la seguridad de los respectivos súbditos, declarando que están muy ajenas de ambiciosas miras, y que de ningún modo aspiran á una indemnización territorial; pero al mismo tiempo que hacen alarde de sentimientos elevados, no sólo no retiran sus barcos y tropas, sino que continúan acumulando unos y otras, principalmente en Shanghai:

todo esto ¿quién ignora lo que significa? Si desconociéramos que la diplomacia hoy en boga, lo mismo que la política, tienen por único objetivo el de engañarse mutuamente, y seducir á los cándidos con palabras altisonantes; si no fuera evidente que el único derecho internacional vigente es el derecho de la fuerza, que toda esa nobleza de sentimientos de que blasonan las cancillerías civiles se reducen á farsa infame, que encubre el cínico egoísmo imperante, al cual se sacrifican todos los derechos divinos y humanos; si, en fin, la hidalguía y la caballerosidad no hubieran sido desterradas de las modernas sociedades, podríamos dar crédito á esas protestas; pero mientras hechos auténticos é indiscutibles no nos demuestren que esas concausas de la actual decadencia moral han sido canceladas, que han desaparecido los fundamentos de nuestra incredulidad, sostendremos que el fin primario de la intervención europea en China es el desmembrar y fraccionar ese vasto imperio, apropiándose cada una el territorio que juzgue más conducente al fomento de sus intereses materiales, y á la consecución de ulteriores fines, ó el que le permitan las demás potencias, ó su importancia en las alianzas y concierto europeos.

Entre otros hechos más ó menos significativos confirman de un modo elocuente nuestra aserción, el mutuo recelo entre todas ellas, la propuesta intervención de la Mandchuria por las naciones interesadas bajo el protectorado de Rusia, protectorado cuyo valor á nadie se le oculta.

No es Rusia partidaria de esas expansiones coloniales cuyo sostenimiento supone pótentes escuadras, pero de día en día va extendiéndose continentalmente, sin precipitación ni alardes, mas con paso seguro y progresivo siempre. Obtuvo del celeste Imperio la inmensa faja de territorio que constituye la gran línea férrea militar, en una extensión longitudinal de más de mil kilómetros con veinte de anchura; estableció á distancias convenientes fuertes destacamentos, preparando insensiblemente y con una constancia á prueba de dificultades, la anexión de toda la Mandchuria, que ya puede considerarse como hecho consumado.

Agréguese á esto que el Tibet, si no es ya provincia ruso-asiática, está en vías de serlo, con lo cual la diplomacia moscovita, al mismo tiempo que asesta un golpe rudo, inevitable y mortal á la preponderancia inglesa, pues con lanzar sus cosacos por las vertientes meridionales del Himalaya, aislará sin grandes esfuerzos el Indostán de las demás posesiones británicas en la India, teniendo en continuo jaque á la orgullosa Albión, hasta que suene la hora de expulsarla definitivamente, consolida su influencia omnívoda, constituyéndose verdadera árbitra de los destinos del continente asiático, y completa el semicírculo de hierro con que terminará por ahogar, dividiéndole, el celeste Imperio.

Ahora bien, desmembrada y amenazada la China en las regiones de Oriente, Norte y Ocaso por Rusia, y en el Sur por Francia, Inglaterra, Alemania y el Japón, ¿qué porvenir la está reservado? En medio de ese círculo que tiende á estrecharse cada vez más, dígasenos si es posible evitar su desmembración y su ruina como imperio.

No ha sido, pues, el alzamiento de los boxers una

mera rebelión contra la dinastía reinante, ni la oposición llevada á vías de hecho á las reformas en sentido europeo. Para nosotros es la protesta armada contra la invasión extranjera, un esfuerzo supremo para evitar la prevista catástrofe, el terrible estertor de un imperio que agoniza. Si ese alzamiento no ha sido unánime en toda la China; si algunos virreyes y hasta individuos de la familia imperial y miembros de los soberanos Consejos han aparentado oponerse al movimiento, no ha sido porque no simpatizaran con los boxers, sino porque, ó más astutos ó cobardes, han creído retrasar transigiendo el desmoronamiento, ó que al efectuarse la división sean premiados sus servicios, ó sencillamente no incurrir en la indignación de las potencias. No se olvide que la Providencia divina lo endereza todo á sus secretos fines, y ¿quién sabe si de este modo quiere Dios vengar las injurias de que allí han sido objeto la Religión católica y sus ministros, decretando al mismo tiempo la conversión de tantos millones de idólatras, que compensen la apostasía de las antiguas naciones cristianas? ¿No cabe en el orden de la posibilidad, que, planteada como está hoy la cuestión de Oriente, surjan graves conflictos internacionales que den al traste con la meticulosa y armada paz europea, permitiéndolo así el Omnipotente para castigar con brazo fuerte á las sociedades prevaricadores? A tal extremo hemos llegado, que para atajar la gangrena moral que en sus distintas manifestaciones lo corroe todo, para contener á la sociedad en su desenfranaada marcha hacia el abismo, se hace necesaria la manifiesta intervención de Dios, quien con su potente diestra consumirá en fuego y sangre tanta iniquidad, y purificará la deletérea atmósfera creada por la negación de Dios y la divinización del hombre con sus vicios, por la indiferencia de unos, la aquiescencia de otros y la cobardía de muchos, que debiendo poner el dedo en la llaga, no se atreven, posponiendo la gloria de Dios y el cumplimiento de obligaciones sacratísimas, al ruin y caduco bienestar material propio. Todo hace presumir que el día de la gran catástrofe se acerca; estallará la guerra intercontinental, guerra de exterminio, que lo asolará todo á su paso, y cuando los que sobrevivan, hartos de sangre y medio asfixiados por el humo de colosales incendios, vuelvan en sí, sólo verán ríos de sangre y humeantes escombros en los lugares, emporios un día de grandeza material, donde el vicio reinó como soberano. Mas no perecerá todo: en medio de tan horrorosa hecatombe, y restablecida la calma, brillará con nueva pujanza y esplendores nuevos la Iglesia católica, y en pos de ella la nación que, al reivindicar los derechos de Dios y los de la sociedad fundada por el Dios-Hombre, habrá sido el nuevo Attila que aniquile á los que se apartaron de Dios y persiguieron á su Iglesia. Entonces dará comienzo la verdadera regeneración social.

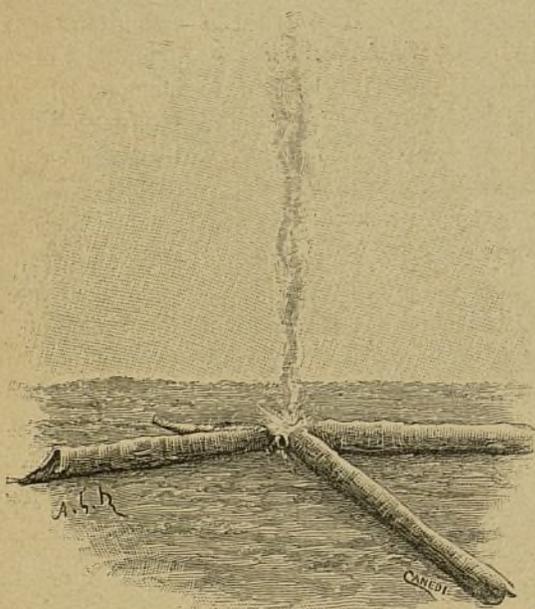
Perdóneme, señor director, si en alas de la fantasía me he apartado de mi objeto; pero estas reflexiones que han brotado espontáneas de la mente al considerar la espantosa confusión reinante, me torturaban, y no he podido resistir á su empuje avasallador, consignándolas siquiera brevemente, pues estoy íntimamente persuadido de que esos augurios, fatídicos al par que consoladores para el cristiano, no han de tardar mucho en

realizarse. Es una ley de la historia, donde la Providencia la ha trazado con caracteres de fuego.

He tratado de probar que el alzamiento de los boxers en China es una consecuencia necesaria de su amor á la independencia, y de aquí la guerra de exterminio que han declarado á Europa; pero sin negar el influjo de esta causa, estoy muy lejos de reconocerla como única. Otra hay que á mi juicio debe tenerse muy presente, comprobada por los pormenores de que algunos han hecho caso omiso, y que puede contribuir poderosamente á explicar de algún modo satisfactorio los sangrientos sucesos de China.

Me refiero á la causa religiosa, en la que diplomáticos, políticos y aun la mayor parte de los corresponsales de periódicos no han parado mientes, no porque les fuera desconocida, sino por desorientar la opinión ó no juzgarla conducente al logro de sus propósitos. Mal que pese á ciertos *espiritus despreocupados*, dicha causa existe, ha sido y continúa siendo un factor muy importante en las matanzas é inauditos atropellos de los boxers. Y vamos á demostrarlo.

Recordará V., señor director, que en una de mis car-



GABON.—FUEGO QUE LOS NEGRILLOS MANTIENEN SIEMPRE VIVO EN EL CAMPAMENTO. (Pág. 9)

tas anteriores (1) le hablaba de los desmanes cometidos por los sectarios afiliados á la Sociedad secreta *Kung-Kiao*, y desde entonces acá no se han interrumpido las tristes pruebas del odio á la Religión católica, aterradores chispazos de la conflagración general que con tan desoladores efectos ha estallado en casi todo el celeste Imperio. La *Kung-Kiao* es una de tantas Asociaciones criminales y tenebrosas como pululan por China, Asociaciones cuyas diferencias son accidentales, y aunque á veces se haya comprobado existir entre ellas sorda é implacable guerra, todas convergen á un centro común, á todas anima idéntico fin: el exterminio de

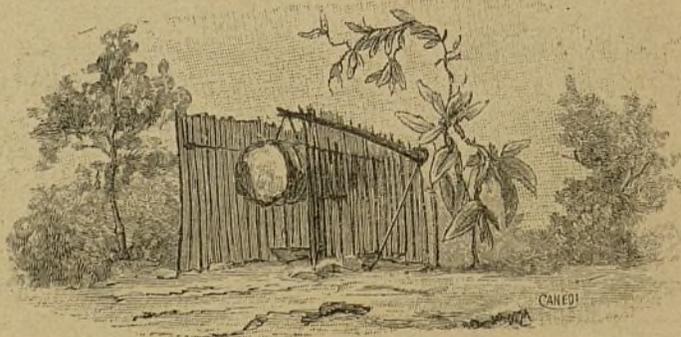
(1) Véase *Misiones Católicas*, tomo, VIII, página 75.



GABON.—LAZO CORREDIZO DISPUESTO PARA SERVIR DE CEPO (Pág. 9)

la Religión cristiana: ni más ni menos que la Masonería en sus diversos ritos, y al igual de lo que en ésta observamos, olvidan, siquiera sea momentáneamente, las mutuas discordias, y se aúnan siempre que se trate de perjudicar en cualquiera forma los intereses de la Iglesia.

El súbito levantamiento en armas de los boxers obedece á un vasto plan premeditado, ensayado previamente con éxito en aquellas manifestaciones á que he aludido. Para nadie es ya un misterio que el príncipe Tuan era uno de los jefes, sino el supremo; que la Emperatriz viuda atizó eficazmente el incendio, alentando á los fanatizados boxers. El antro de esa confederación estaba en el palacio imperial, y de aquí partían las órdenes hasta los últimos confines del Imperio, pues en la bien urdida trama no había provincia que no tomara parte. Las potencias europeas y el Japón no ignoraban los fines de la conspiración, y lejos de atajarla en sus comienzos la alentaban, proporcionando armas y municiones, sin perjuicio de reclamar después oportuna indemnización. Pero los modernos estadistas ó eran unos cándidos ú otra cosa inmensamente peor, y cuyo calificativo me abstengo de consignar; porque ó creían de buena fe que la conspiración había de acarrear funestos resultados solamente á las cristiandades allí existentes, y entonces bien palmaria es su candidez, pues debieron suponer que tan inicuo fin, prescindiendo ahora de otras razones, era irrealizable sin extirpar primero á los europeos y hacer imposible su vuelta, ó sabían que los boxers intentaban llevar á la práctica este medio radical, y en este caso... puede su-



GABON.—CEPO PARA RATONES Y OTROS PEQUEÑOS ROEDORES. (Pág. 9)

ponerse que aún esto consintieran para realizar mejor sus ambiciosas miras, porque todo es creíble en estas distas sin conciencia y sin Dios.

Este hizo que la conspiración abortase, permitiendo sin embargo los horrores de que por cartas y telegramas hemos tenido noticia, como irrecusables pruebas de que la cuestión religiosa era un factor importantísimo en los tremendos trastornos.

(Continuará).

LOS PIGMEOS

POR EL ILUSTRÍSIMO LE ROY

VIII.—CARACTERES SOCIALES DE LOS NEGRILLOS

Caza.—Frutos.—Pesca.—Guisados.—Los negrillos en su casa.—Habitaciones.—Nuevos cepos para cazar.—Como visten los negrillos.—Como viven los negrillos.

Si sorprende la habilidad del negrillo al servirse de las armas para cazar, es mayor y más sorprendente la habilidad con que dispone lazos y trampas, que le permiten apoderarse sin peligro del animal que desea. Los tiene propios para elefantes, hipopótamos y búfalos: una maza, armada de la punta de una lanza ó de un apéndice envenenado cuya forma recuerda el pico de las aves de rapiña, dispuesta de tal manera que al pasar la bestia contra la cual fué armada, cae sobre su cabeza y la mata. Los tiene para los monos: cuerdas tendidas entre dos árboles, ambos frutales, y en su parte central algo parecido á un lazo corredizo, por dentro el cual éntranse confiados, quedando presos. (Vease el grabado de la pág. 17).

Los tienen para la caza menor: unos especiales para gacelas de todos tamaños, otros para roedores, otros para cuantos animales cruzan el bosque.

Escondidos observan los sitios por donde suele pasar la caza; los cierran todos excepto uno, y en éste disponen un lazo sobre un agujero disimulado con hojarasca, y el animal mete el pie en el lazo. El extremo del lazo retenía un arbusto, y al sacudirlo el animal cogido recobra el arbusto violentamente su posición normal, y la presa queda colgada.

El hombre es por naturaleza frugívoro. El bosque produce numerosos frutos comestibles. En el Gabón, por ejemplo, abunda el *oba* (1), fruto semejante al maguey, de sabrosísima almendra, la cual después de

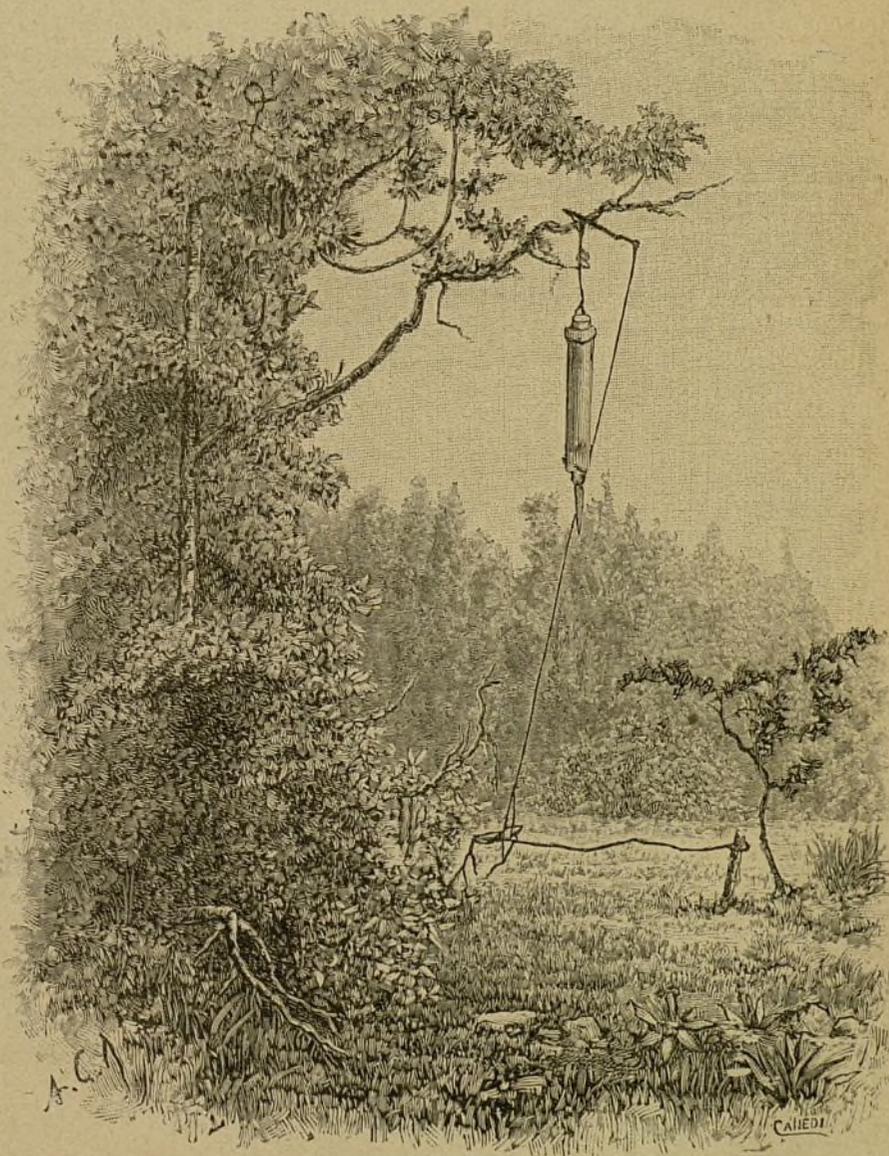
(1) *Irvingia Gabonensis*.

seca la amasan formando excelentes panes, cuya aceptación es general; la *mpoga*, nuez que encierra tres pepitas; la *nkula* (1), cuyo gusto recuerda el de la nuez; la *owala* (2); los racimos de la palmera; la datilera salvaje; el amomo que se multiplica con asombrosa facilidad, y otras numerosas frutas que nacen y sazonan en su respectiva estación, y por último la raíz de la zarzaparrilla, planta á la que los negros, fundándose en la manera como suelen prepararla los negrillos, llaman: «las patatas de los a-kôas.»

Merecen citarse algunas orugas que en crecido número aparecen durante el mes de Septiembre, y que son buscadas con avidez: tuve ocasión de comprobarlo en un campamento de ba-wandzi.

En la época de las lluvias nacen, llegando á formar innumerables bandadas, unos animalitos alados. Los he comido fritos, y su gusto es muy parecido al de los pescados pequeños. Recogen y comen también: *champignons*; las hojas de algunos árboles; la medula, el corazón de las palmeras... Y después de cuanto conocemos, lo que desconocemos...

(1) *Coula actulis*.
(2) *Pentaclethra monophylla*.



GABON.—CEPO PARA CAZA MAYOR. Reproducción de un dibujo del Ilmo. Le Roy

La miel salvaje, producida por una abeja menor que las en Europa conocidas, es buscada con avidez por los negrillos, auxiliados de un pájaro singular llamado el pájaro de la miel (*euculus indicator*), el cual he visto repetidas veces en mis viajes, y á quien un día seguimos guiados por la curiosidad é impelidos por la sobra de tiempo, y en efecto, nos llevó á una roca donde abundaba la miel. La recogen de noche, mediante una antorcha cuyo humo adormece á las abejas, y una pequeña hacha con la cual ensanchan la abertura cuando es muy estrecha. Sucede á veces que el tesoro está muy lejos: á la cima de un árbol gigantesco. En este caso buscan una liana que pueda quedar tendida á lo largo del tronco, y cortan otras, las cuales rodean al tronco y atan á la primera, formando una que podremos llamar escalera, que les permite subir hasta la más elevada rama del coloso.

No tienen los negrillos fama de hábiles pescadores. La casi totalidad de las tribus africanas cultivan una planta, la *tephrosie* (de Vogel), cuyas hojas, machacadas y mezcladas con arcilla, lanzan en lagos ó ríos, y embriagan á los peces, que salen á flor de agua muertos en apariencia. Los negrillos por su constante mutabilidad no pueden cultivar este arbusto. Las mujeres se limitan á detener la corriente de los arroyos, y con la mano ó mediante una corteza procuran coger los peces. Los niños se divierten pescando á caña, pero este aparejo es lo más primitivo que imaginarse pueda: un hilo y al extremo un nudo que retiene algo comestible. Muerde el pez, el niño tira vivamente, y la bestia salta á tierra... esto sucede á veces...

Ajos grandes como un árbol les proporcionan un plato siempre preparado. Sal la recogen al pie del banana, semejante á muy basta potasa; se la ofrece la planta del roten y la encuentran en el interior de la *pistia*, planta de forma parecida, pero menor, á la ensalada,



AFRICA ECUATORIAL.—PISTIA (*pistia stratiates* L.)

que viste con manto compacto los charcos y pantanos del Africa Ecuatorial. Cosechan la *pistia*, la secan al sol, la queman, hacen pasar agua por sus cenizas—como nosotros para hacer café,—lanzan el bagazo y dejan que se evapore el líquido cargado del apetecido producto, que recogen en un vaso.

También los antiguos daneses quemaban las algas que florecen en las costas de su patria, y rociaban con agua del mar las cenizas resultantes: á éstas dió Plinio el nombre de *sal negra*.

¿Necesita el hombre bebidas fermentadas? Así lo afirman los bebedores de toda nación, pero su testimonio es sospechoso. Si los negrillos quieren gustarlas les

basta recoger la savia de las palmeras, que tanto abunda en estas regiones, donde crecen ufanas á lo menos cuatro ó cinco especies (1). Al hacerlo causan la muerte de la palmera, pero ¿quién en el Africa se preocupó de la muerte de un árbol?

Conveniente será añadir que los hombrecillos que nos ocupan, sin ser modelos de temperancia, no abusan de estas bebidas.

La precedente enumeración muestra que este pueblo sabe vivir de la tierra sin cultivarla, y que estaba en lo cierto el filósofo del bosque de Sokoké al decirme: «Cuando los monos mueran de hambre, entonces los bonis morirán también.»

La urbanidad no preside sus comidas. Cortan la carne con los dientes, y si tienen cuchillo lo usan sólo para dividir los grandes pedazos y dar á cada comensal la parte correspondiente. Pero lo corriente entre amigos es dividir lo que poseen tirando de un lado con los dientes y del opuesto con la mano. Rompen los huesos cuidadosamente para comer la medula. Mondan los pequeños mientras tienen carne; hierven los grandes. Lavan, cocen y comen las entrañas. La piel, hecha pedazos, cocida y pelada sigue suerte igual á las demás partes del animal: no desperdician nada.

Cuando viajan beben agua con la mano; en el campamento se sirven de vasos: frutos vaciados. Los negrillos beben poco, y nunca durante la comida. El agua es el plato final.

Las tribus vecinas han introducido entre ellos el tabaco; no lo cultivan, y son parcos en usarlo.

Una higuera salvaje (*Urostigma de Kotschy*) (2), proporciona vestido á los negrillos del interior. Separan del tronco grandes pedazos de corteza, que mojan y golpean hasta que el liber ó membrana interior de los tres que forman la corteza de los árboles, se separa y forma un tejido flexible. Procedimiento y vestido no son propios de la raza: lo practican los bagandas y muchos de los pueblos que habitan la zona ecuatorial. Otros (por ejemplo, los negros del valle del Ogowé) tejen una tela resistente y á veces muy fina, sirviéndose de hilos sacados de las hojas de una palmera, la *pandanus* de agua dulce, ó de las plantas ananas: de igual manera se visten los ba-bongos. Más hacia la costa los a-koas ciñen al rededor de los riñones retazos de lienzo, limosna ó regalo de pueblos vecinos.

Finalmente, en la llanura que riegan el Djuba, el Tana y el Sabaki, los sanyés visten pieles de animales, y he visto mujeres así vestidas que sobre las pieles habían, con pedazos de vidrio de variados colores, hecho curiosos adornos. El preferido era la cruz, probablemente importada de Abisinia por el pueblo galla.

Los sans ó bushmens, al igual que los demás negrillos, visten muy á la ligera. Los que más se contentan con la piel de una oveja: pero todos, escribe Reclus, gustan de adornar el cuerpo y el rostro luciendo collares de huececillos, flechas, plumas de avestruz: los de Kalahari suelen adornarse la nariz con delgados palillos.

(1) *Elæis*, *Phœnix*, *Borassus*, *Raphia*, *Doum*, etc.
(2) Schweinfurth.

Semejantes á sus hermanos de raza, la mayor parte viven en cavernas ó en agujeros que sirvieron de guarida á animales salvajes: otros cortan altas gramíneas que atan por la parte superior y disponen de manera que dejen en su base un espacio vacío: algunos cortan con arte la parte inferior de espesos matorrales, y sobre la tierra extienden una piel. Gustan del fuego. Muchas noches las pasan tendidos sobre las calientes cenizas de recién apagado hogar, cubiertas las piernas con una estera que les preserva del viento del desierto.

«El desierto de Kalahari, dice Livingstone, ha sido llamado desierto porque carece de ríos que lo fertilicen, y las fuentes son raras y de escaso caudal. Lo cubre abundante vegetación, y viven en él numerosas tribus. Las hierbas lo visten todo el año, produce muy variadas plantas, y admiranse campos y valles donde crecen no sólo hierbas y arbustos, sino también gigantescos árboles. Es una inmensa llanura, notable por su uniformidad, sólo interrumpida por los cauces secos de ríos que cesaron de fluir: rebaños prodigiosos de antílopes de variadas especies, cuyo organismo exige poca agua, vagan errantes y lo cruzan en todas direcciones. La caza mayor, los innumerables roedores que en él viven, los pequeños felinos que anidan y se multiplican y cazan á los precitados roedores, constituyen el alimento de los bushmens y be-tchuanas, pobladores del desierto. El suelo está formado de arena dulce, ligeramente colorada, es decir, de sílex en estado casi puro. En los cauces de los antiguos ríos abundan las tierras de aluvión que, endurecidas por el sol, forman grandes depósitos que guardan durante largos meses el agua de la lluvia (1).»

Esta sábana inmensa produce también algunas plantas comestibles: «la patata del bushman,» tubérculo cuyas largas hojas están llenas de agua; una planta de flores blancas parecidas á la amarilis (2); una sandía salvaje cuya carne es sabrosa, y refrigerante el líquido que encierra.

(Se concluirá).

JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO

(KAMAKURA Y NIKKO)

RUINAS Y MASOULEOS

POR EL RDO. D. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE
MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

KAMAKURA

Época por demás turbulenta fué el período de la historia japonesa que comprende la segunda mitad del siglo XII, durante el cual Yoritomo, favorecido por la fortuna y gracias también á su indiscutible valor, logra sentarse en el trono. Los mikados, incapaces de sostener con mano fuerte las riendas del imperio, vivían en-

(1) Livingstone: *Explorations dans l'Afrique Centrale*. (Hachette).

(2) *Amarilis*: planta bulbosa originaria de la América del Sud.

cerrados en sus palacios, afeminados por vida muelle y regalona. La nación anhelaba un gobierno y un rey capaces de gobernar. Al ver el pueblo japonés surgir frente á frente del degenerado régimen de los mikados, una familia militar cuyo jefe hábil prometía excelente administración, en él depositó absoluta confianza. Esta fué la causa de la preeminencia de la familia de los Fujiwara (670-1050) y el principio del poder militar que engrandeció el Shogunado. Tres siglos reinó gloriosa, pasados los cuales empezó su decadencia. Entonces comienzan las sangrientas luchas entre las dos familias militares: los Taira y los Minamoto (1050-1185) ambas de sangre imperial, y que tuvieron su período de grandeza y poder la primera con el príncipe Kyomori, y la segunda con Yoritomo, fundador del Shogunado.

El 1159 fué testigo de la guerra de Heiji, que dió á Kyomori la victoria contra Minamoto. Kyomori vencedor, omnipotente, ocupa el trono veintidós años, y, protegidas por la paz, las artes florecen con magnífico esplendor.

En el suntuoso palacio de Fukuhara (1) sucediéronse durante este período magníficas fiestas, cuyos imperecederos recuerdos se transmiten de generación en generación. Pero una terrible enfermedad vino á recordarle que el hombre debe pagar su tributo á las miserias de la humanidad. Kyomori, preso de ardiente calentura, gritaba, y sus gritos oíanse desde fuera del palacio imperial. Atormentado por visiones terroríficas, se imaginaba sobre el tejado del Fukuhara las sombras amenazadoras de las víctimas causadas por las sangrientas guerras que sostuviera. A estos tormentos acompañó la decadencia de su obra. El joven Yoritomo levantó la cabeza. Logra derrotar algunos contingentes provinciales del poderoso jefe de los Tairas. Se impone una nueva lucha entre las dos casas rivales, y sumido en bélicos preparativos exhala Kyomori su postrer suspiro (1181).

Por última vez hizo escuchar su temida palabra:

«Sé que cuanto en el mundo vive debe un día perecer, y estuve siempre dispuesto á ser víctima de esta suerte fatal. Después de la guerra de Heiji fuí elevado á dignidad superior á la de todos los demás siervos del Mikado. Es indudable que he gobernado el imperio de manera incomparable: mi dignidad es la mayor á que puede aspirar el hombre; el mikado reinante es uno de mis nietos. La fortuna me ha colmado de favores. Una sola cosa no he logrado; un triste pensamiento tortura los últimos momentos de mi existencia: muero sin haber visto á mis piés la cabeza sangrienta de Yoritomo.

...«Ante mi tumba prohibo que se lea página alguna de los sagrados libros; no quiero que se repartan limosnas en recuerdo mío, ni que roguéis á Budha por mi alma. Sólo una cosa quiero, sólo una cosa anhele: guerra á muerte á Yoritomo, y que su cabeza sea depositada sobre mi tumba. ¡Hermanos, hijos, nietos, escuchadme, y vosotros, generales y capitanes de los Taira, escuchad bien y guardad siempre en vuestra memoria mi última palabra y en vuestro corazón mi postrera voluntad (2)!»

Cuando terminada la guerra de Heiji, Yoritomo, en-

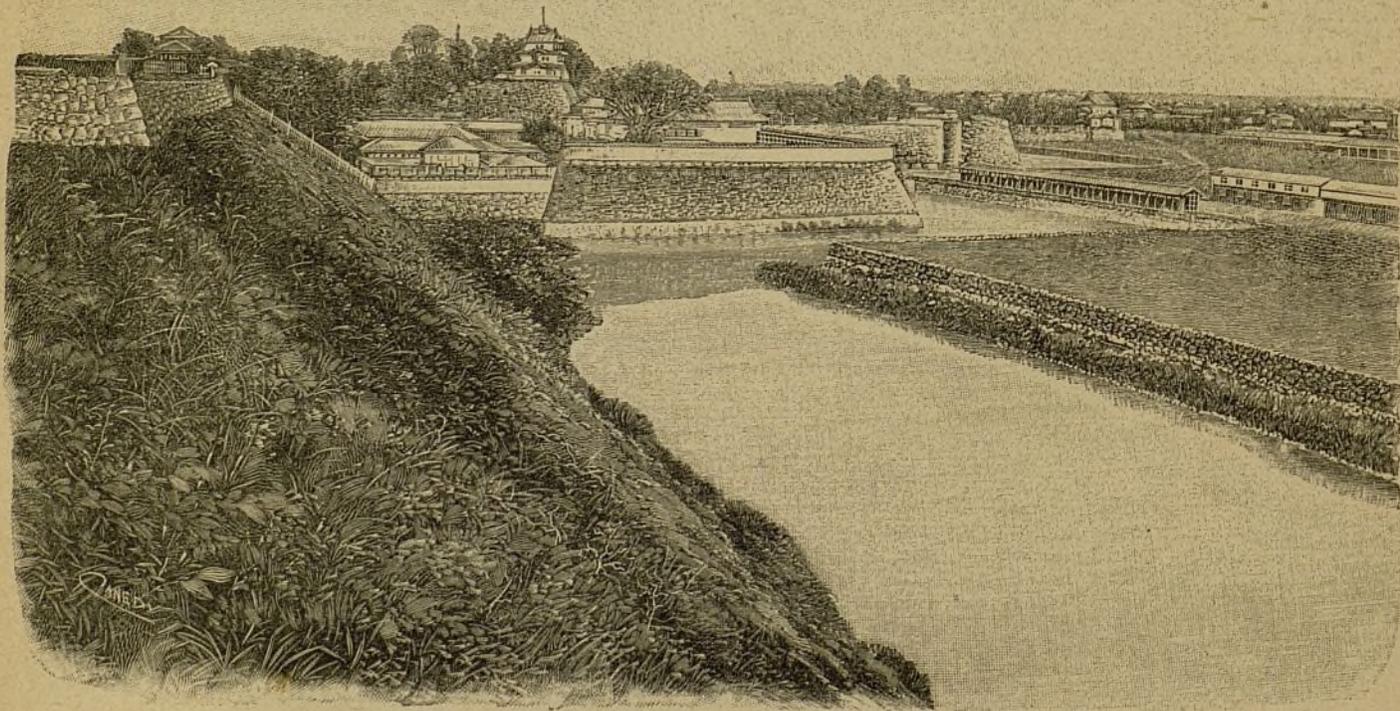
(1) Fukuhara, nombre del castillo de Kyomri (cerca de Hiogo).

(2) Bertin. *Las grandes guerras civiles*.



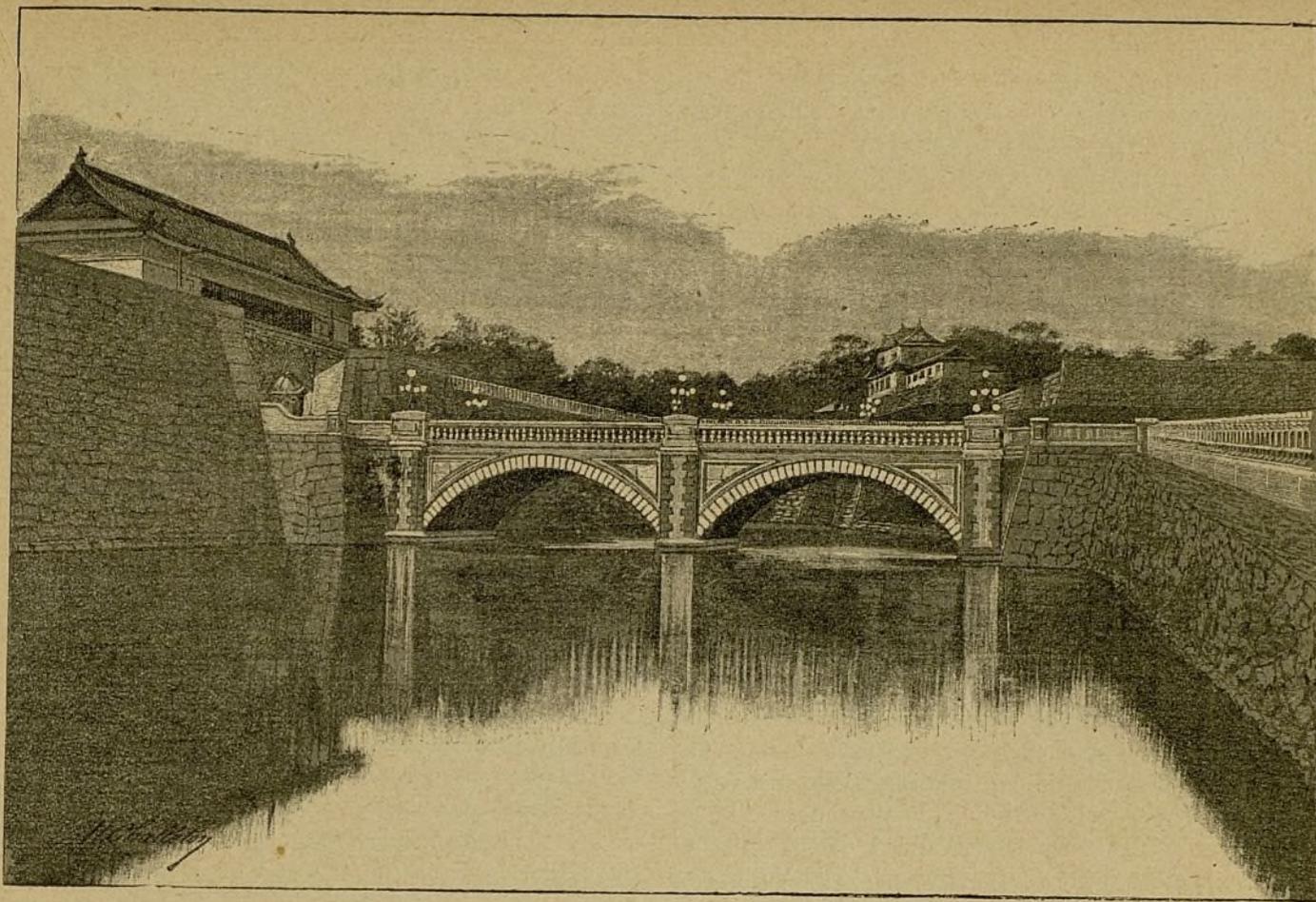
JAPON.—EL «GINKO NIPPON» (BANCO DEL JAPÓN)

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 11)



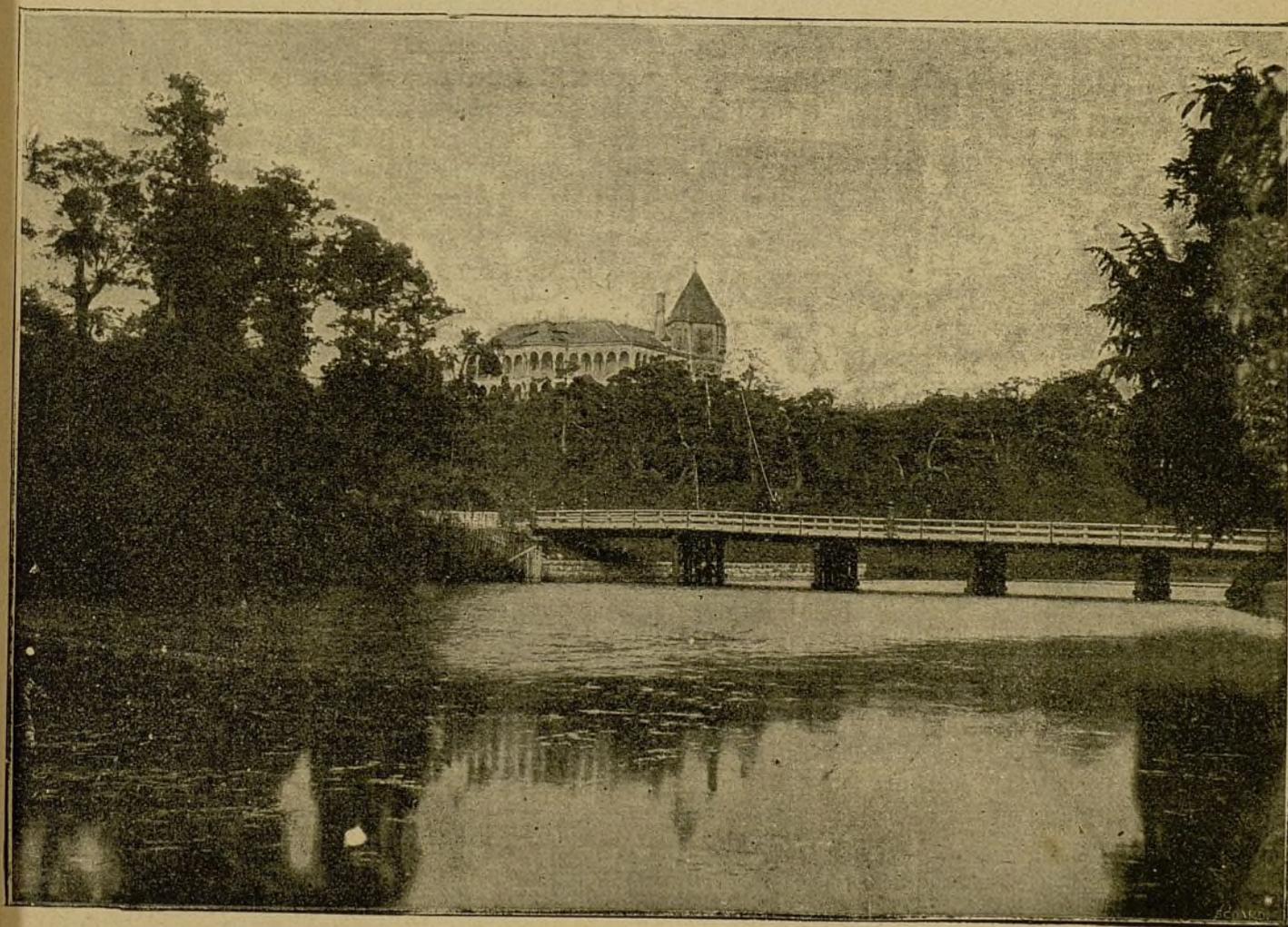
JAPON.—FOSOS DE TOKIO

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 11)



JAPON.—PUENTE DEL PALACIO DEL MIKADO, EN TOKIO

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 11)



JAPON.—ALREDEDORES DE TOKIO: PALACIO DE AKASAKA

Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 11)

tonces niño de doce años, fué desterrado junto con los vencidos perdonados por Kyomori, los habitantes de Kyoto, adivinando la sed de venganza y el odio escondidos bajo un rostro que sólo expresaba indiferencia y desprecio, decían:

—Vedle: es un joven tigre á quien no conviene dejar en la pradera.

El tigre goza de libertad: la postrera voluntad del anciano príncipe moribundo no logrará detener sus venganzas.

Las disensiones de los partidos rivales que entristecieron los últimos días de Kyomori, aumentaron después de su muerte. Yoritomo y sus generales, alentados por los primeros éxitos, avanzan incansables, no cesando de gritar: «¡Mueran los Taira!» Crueldades, muertes, venganzas; el desorden y la anarquía de que fué testigo este período no tiene quizás igual en la historia de las naciones.

El combate naval de Dan-no-ura (1185) en los alrededores de Shimonosaki, en el mismo lugar donde siete siglos después las escuadras reunidas de Inglaterra, de Francia, Estados Unidos y Países Bajos han bamboreado las baterías del *clan* de Choshù, fué el que puso término á la sangrienta rivalidad de las dos poderosas familias, con el triunfo completo de Yoritomo, jefe de los Minamoto. Ambas flotas combatieron con ardor: la de los Tairas contaba 500 juncos, y 700 la de los Minamoto. Del éxito del combate dependía la suerte de un *clan* ilustre. Una ú otra raza debía perecer.

«Era tanta la confusión, dice un historiador, y luchaban tan de cerca, que apenas podían servirse de los arcos. Empuñando la espada saltaban de una á otra nave, y luchaban cuerpo á cuerpo. La historia, que compadece los grandes infortunios, ha celebrado las hazañas de los últimos Tairas. Las pérdidas eran iguales; pero siendo menor el número de los Tairas, estrechábase el cerco al redor de la nave real. Al perder la última esperanza de victoria, Tomomori, que acababa de matar en singular combate á Miura-Shichiro, saltó á bordo: las damas le rodean ansiosas preguntando por la suerte del combate.

«—Dentro breves momentos la sabréis, contesta el guerrero, riendo nerviosamente; ¡los salvajes de Azuma llegan!

«Las mujeres gritan desesperadas; Tomomori ordena silenciosamente que cuanto la nave contiene sea arrojado al mar: comprenden su intención. La Nie-no-ama (1) presurosa estrecha contra su pecho al pequeño Mikado, toma la bola y el espejo sagrados, niega que Munémori sea su hijo, y el hijo de Kyomori avanza levantados sus brazos que sostienen á Antoku-Tenno, y se arroja al mar. Así pereció, á la edad de ocho años, el ochenta y uno soberano del Japón; su tumba fué cavada en la playa, entre las de algunos guerreros. El Taishi (2) lanzado al mar, fué salvado por los Genji. La lucha proseguía encarnizada: Yukimori, Arimori cayeron sucesivamente; Noritsuné, vencedor en numerosos combates singulares, mata á cuantos puede alcanzar con su terrible espada: ve á Jositsuné que se

(1) Abuela del emperador y viuda de Kyomori.

(2) Presunto heredero.

acerca, y herido, moribundo, concentra sus fuerzas y corre á matar al mayor de sus enemigos. El valiente Minamoto no se atreve á desafiar la cólera del héroe de los Tairas; de un salto salva ocho barcas y cae sobre la novena; este salto legendario ha sido llamado *Hassô-tobi* (salto de las ocho barcas). Entonces Noritsuné coge entre sus brazos á dos compañeros de Yoritomo, dos hermanos, cada uno de los cuales tenía la fuerza de seis hombres, y habiendo tendido á sus piés los *herais* que le acompañan, les arrastra á la mar y se ahoga con ellos. El cobarde Munémori y su hijo Kyomuné, que no saben morir, son arrojados al mar por sus *herais*; nadaron y fueron hechos prisioneros.

«La bola y el espejo sagrados fueron recogidos; pero el más valioso de los objetos sagrados, la espada de Susan-no-o y de Yamatodoke desapareció para siempre; en 1190 fué sustituido por la actual *Hiru-no goza-notsurugi*.

«Munémori rebajóse hasta pedir á Yoritomo que no le matara, prometiendo en cambio hacerse bonzo: la conducta de su hijo Kyomune fué más digna. Yoritomo lo hizo decapitar el 24 de Junio de 1185, en Seta (Omi); y mandó que sus cabezas fueran expuestas en Kyoto. Según declaración hecha *in extremis* por la Nie-no-ama, Munémori era hijo de un comerciante de paraguas establecido en Kyoto, á quien ella en cambio había entregado una hija que tuviera el mismo día en que la esposa del comerciante de paraguas dió á luz al supuesto Munémori.

«Yoritsune perdonó por haber salvado el espejo sagrado á uno de los prisioneros de Dan-no-ura, llamado Taira-no-Tokitada. Algunos fugitivos lograron esconderse; Tomodato fué cogido y muerto el año 1196. La mayor parte de cuantos se libraron del decreto de exterminio huyeron á las más lejanas islas del Sud y en particular á Tanegashima. Algunos, finalmente, se refugiaron con sus familias en las montañas de Higo y fundaron el pueblo de Gotra, evitando con tan solícito cuidado toda relación con el mundo exterior, que la existencia de una colonia en aquel distrito salvaje no fué descubierta sino hasta mucho tiempo después, por unos zapatos viejos que arrastrara un arroyo de la montaña (1).»

Al aniquilar Yoritomo, en esta lucha épica de que fueron testigos los alrededores de Shimonosaki, el *clan* de los Tairas tenía ya, hacía muchos años, echados los cimientos de la nueva capital. Había elegido á Kamat-kura, al extremo de las provincias del Kwanto, rodeada de colinas que facilitaban su defensa. Estrecho era el recinto elegido, pero satisfacía los deseos del futuro Shogun, que para residencia del Gobierno soñaba un campamento de guerreros. Tres años (1181-1183) empleó en asegurar su poder, y ensanchando, mejorando y embelleciendo su capital, realizando obras gigantescas que en brevísimo tiempo la convirtieron en ciudad donde la elegancia y riqueza de los edificios públicos y de los templos armonizaban con la pesada solidez de las fortalezas.

Formó un Consejo de Estado, y al frente colocó un

(1) Bertin. *Las grandes guerras civiles*.

hábil presidente, Oe-no Hiromoto, sabio en todos los ramos de la ciencia china. Talento sutil, dotado de asombrosa actividad, en sus iniciativas puso el sello de la naciente burocracia de Kamakura. Fué, después de Yoritomo, el primer organizador del *Bakufu* (gobierno shogunal).

El título de *Shogun*, ó mejor, *Sei-ri-taishogun*, que existía ya antes de Yoritomo, significando general en jefe, desde 1192 cambió de significado por haberlo el Mikado concedido al jefe de los Minamotos. A partir de esta fecha equivalió al de lugarteniente general del imperio. En manos de los Shogun residió desde entonces hasta el 1868 la verdadera autoridad. La conservada por el Emperador fué más nominal que efectiva.

Yoritomo, en la cumbre de su poder, reinó pacíficamente en la capital. Kamakura llegó á ser centro á la vez militar y aristocrático: el esplendor de sus fiestas excedieron á las suntuosísimas que diera Kyoto. Pero resuelto á impedir que el lujo y los enervamientos de la paz disminuyeran el valor militar de sus súbditos, Yoritomo organizaba ó protegía ejercicios violentos, tales como grandes partidas de caza en el monte Fuji, y cuantos *sports* podían cooperar al mantenimiento del bélico ardor. Murió en 1199 de una caída de caballo; ¡tan cierto es que un accidente fortuito basta para acabar con las realidades más halagüeñas que puedan formar la gloria y el orgullo!

VI

Lucía magnífica tarde sus esplendores incomparables cuando nos dirigimos á visitar el famoso templo de Hachiman, la más grande y la más célebre de las ruinas de Kamakura. Avanzamos por paseo abandonado, largo como un *boulevard* parisién, y que á pesar del aspecto melancólico de su abandono guardaba algo, un vestigio de esplendor real. A ambos lados pinos gigantescos extienden horizontalmente las añosas ramas que se esconden en las copas verdes, y entre los troncos artísticamente inclinados de los viejos colosos, se descubre la extensa llanura cuya magnificencia interrumpen grupos de miserables chozas, rodeadas de tierras incultas ó de algún arrozal. Cual si desearan servir al llano de grandioso cinturón levántanse, formado descomunal herradura, caprichosas colinas, vestidas de vegetación lujuriosa, henchida de múltiples aromas, entre las cuales parece reinar la del *cryptomeria*, cedro japonés eternamente verde.

En el seno de esta llanura levántose, hace siete siglos, al poderoso influjo de la mano de Yoritomo, la suntuosa Kamakura.

Esta magnífica ciudad contaba en los tiempos de su gloria más de un millón de habitantes. Cubría la llanura hasta el pie de las montañas: y en los valles que formaban las colinas se levantaban palacios de *daimios* ó *somurais*.

Imposible imaginar lo que sería esta capital en la época de su esplendor, el lujo y las gigantescas dimensiones del palacio shogunal, la riqueza de las innumerables casas señoriales, la severa elegancia de los palacio de los guerreros. En vano procurará hacer revivir

aquel primitivo feudalismo, turbulento y criticón, los actos sin cuento de rivalidad de *clan á clan*, de *daimo á daimo*, con tanta frecuencia sangrientos. ¡Cuántas veces los ecos de estas colinas vibrarían al oír la señal de alarma, el resonar de los pesadas armaduras, el gritar de los guerreros! ¡Cuántas veces, también, esta ciudad vestida de fiesta vería desfilar por sus calles suntuosas brillantes cortejos de nobles señores, carros de triunfo adornados con deslumbradora riqueza! ¡Cuántas veces escucharía los desacompañados gritos de muchedumbres entusiasmadas!

Hoy la solemne quietud de las llanuras desiertas descansa sobre la antigua capital abandonada. El tiempo, este gran nivelador de todo lo humano, pasó sobre la Babilonia del Extremo Oriente; y logró destruirla, arrasarla, aniquilarla. De las grandezas que fueron sólo quedan ruinas, grandiosas, es verdad, pero ruinas que causan en el ánimo impresión parecida á la de las columnas rotas que levantan sobre los sepulcros.

Seguimos avanzando por el ancho paseo shogunal festoneado de pinos gigantes, y por cuyo centro corre una doble hilera de cerezos y ciruelos en flor.

Dejando á nuestra espalda el mísero villorrio moderno de Kamakura, extendido sin orden á lo largo de este paseo de príncipes, salvamos la ancha fosa de las murallas, gracias al soberbio puente de granito de curva excesiva, igual á los que se ven en los alrededores de algunos grandes palacios de China. Hijo de antiguas edades, está perfectamente conservado. Espesa capa de musgo cubre las elegantes balaustres, notables por la sólida esbeltez. Diríase que es una piel artificial destinada á preservar esta obra de arte de las injurias del tiempo. (*Véase el grabado de la pág. 1*).

Entramos en el recinto de los templos viejos: la obra maestra está dedicada á Hachionan, dios de la guerra.

Del antiguo esplendor religioso sólo quedan tres edificios ruinosos: al centro, el *Kiosco* del Kagura, donde los sacerdotes shintoistas bailaban las danzas simbólicas. A la derecha, el *Waka-mia* dedicado al emperador Nintohu, hijo del dios de la guerra, y finalmente al extremo superior de la escalera real, de anchos peldaños y tramos graníticos, en espaciosa plaza rodeada de balaustres que conservan su primitiva blancura marmórea, el célebre templo de Hachunian, construido en tiempo de Yoritomo.

De estas ruinas las dos primeras debían ser obras de arte, trabajadas con magnificencia y maravillosamente pintadas, del tiempo de los *shoguns* de Kamakura. De las policromadas lacas (1), siempre brillantes, quedan muy pocos restos y de escasa importancia, pero bastan para comprender las primitiva riqueza y esplendor. Se admiran restos de innumerables adornos de oro hoy casi desaparecidos: en los frisos vense múltiples huellas de complicados arabescos.

Al contemplar estos monumentos construidos exclusivamente de madera hay que convenir en que los japoneses sabían escoger las maderas y disponerlas con

(1) Lacas: nombre dado á ciertas producciones artísticas elaboradas en China y al primoroso barniz que las realza.

tal habilidad que con ellas levantaban edificios que han desafiado y vencido el poder demoleedor de los siglos.

Cuando nace la primavera bosques de camelias, cerezos, ciruelos y otros mil florecen espléndidamente en torno de las ruinas silenciosas, y lanza sobre ellas, por el contraste de su eterna alegría y risueña esperanza, como un sello de profunda é irónica melancolía.

En el extremo del parque, junto á la hermosa escalera real, crece magnífico *icho* (*Salisburia adiantifolia*), cuyo tronco mide siete metros de circunferencia. Los japoneses afirman que vive hace más de mil años. Lanza hacia el cielo azul su tronco esbelto, recto como las columnas de una basílica, y su copa grandiosa parece sueña cobijar la altiva colina de Tsuru-ga-oka. Es quizás el más anciano testigo de esta civilización desaparecida para no volver, que floreció en estos lugares hoy desiertos y abandonados.

Hemos subido la escalera de honor y nos hallamos delante del templo de Hachiman. Como los precedentes está abandonado y en ruinas. Sus vastas proporciones; lo que resta de sus grandes y chillonas pinturas, que el tiempo no ha logrado borrar totalmente; las soberbias esculturas carcomidas ó rotas, en las cuales se adivina la perfección y el arte, dan aún hoy testimonio elocuente del esplendor de la antigua capital de Yoritomo.

Desde el atrio el espectador asombrado contempla la extensa llanura. No turba el rumor más leve el triste silencio de los campos que en remotas edades poblaron generaciones henchidas de vida. Y confundidas en extraño tropel la imaginación ve las innumerables legiones de heroicos guerreros que, cubiertos por esta tierra siempre fecunda, duermen el sueño postrero.

Al regresar, el guía nos acompaña al sepulcro de Yoritomo: levántase en pequeño valle que forman las colinas vecinas al templo del dios de la guerra. Pasamos por delante de espaciosos edificios modernos, levantados, para testificar el malgusto de sus dueños, en el seno de estas ruinas. Llama la atención un gran espacio circular, actualmente cubierto por arrozales: en él se levantaba el palacio shogunal, del cual sólo queda el recuerdo.

Poco tardamos en descubrir una tumba sencilla, formada por pequeño monumento búdhico de abovedado techo, sobre el cual extienden magníficos, alegres sus ramas vestidas de hojas inquietas, un *Aoki* y una espesa camelia. Bajo esta losa descansan los restos del primer lugarteniente general del imperio japonés. Parece que los hombres olvidaron el esplendor de su gloria: en esto pararon tanta grandeza y tanta vanidad.

VII

Al entrar en Kamakura se ve levantarse entre los templos arruinados una colosal estatua de Budha, alta de más de 17 metros, cuyo antiguo origen es poco menos que imposible conocer.

Afirma la tradición que Yoritomo, cuando asistió á la inauguración del célebre *Daibutsu* de Naro, concibió el proyecto de levantar otro parecido en su capital, pero le sorprendió la muerte sin haber realizado su deseo.

Una dama de la corte encargóse de reunir el dinero necesario para realizar los deseos del difunto Shogun. En 1252 el artista Ono Goromon acabó de fundir el *Daibutsu* de Kamakura.

Otra versión afirma que en un principio había dos estatuas: una de madera, cuya cabeza medía 80 piés de diámetro, y la segunda de bronce. Esta parece debe ser la que aún hoy se levanta á la puerta de Kamakura.

En los primeros tiempos de su existencia parece que la cobijaba un gran templo que medía 37 metros cuadrados, y cuyo techo sostenían 63 columnas enormes, de las cuales pueden aún hoy admirarse los graníticos pedestales. Fuertes mareas destruyeron en 1369 y 1494 el suntuoso edificio, que la última vez no fué reconstruido. Desde entonces vive el coloso expuesto á las inclemencias del tiempo (1).

Budha, sentado sobre el pedestal de granito, cruzadas las piernas cual suelen cruzarlas los hijos del Korán, apenas causa al ánimo del espectador débil impresión. Sus ojos cerrados parecen indicar que vive absorto en contemplación fría. La desdeñosa contracción de sus labios parece altanera provocación lanzada á cuantos seres pueblan el mundo. La expresión de su rostro indica el reposo absoluto, el alma sumida en el *Nirvana*, es decir, en la nada: fundamento é ideal del Budhismo.

La estatua que contemplamos no es del Budha importado de la China, sino del Budha japonés, Amida, creado por las sectas budhistas Jodo y Shin.

«Amida, escribe Griffis, es un nuevo Budha, una creación fantástica, una sombra irreal, el sueño del idealista y del visionario.»

Dicen que personifica la luz inmensa, y es una divinidad poderosa que habita el paraíso occidental. Numerosos budhistas, conociendo que es invención absurda, la arrojan de sus templos.

Ante ese mastodonte se levantan dos jarrones de bronce que contienen enormes lotus, la flor simbólica de los budhistas: «Como el lotus se levanta sobre el jarrón de estanques pantanosos, debe el hombre que ama la virtud levantarse sobre el mundo corrompido.» Monier William cree que esta flor ha sido elegida como emblema por su forma semejante á una rueda cuyos radios son los pétalos, pretendiendo así representar los ciclos perpetuos de existencia de la metempsícosis búdhica.

Difícil se me hace creer que los numerosos japoneses que sin interrupción visitan á Budha sigan admitiendo como artículo de fe estas ideas rancias que sus antepasados profesaron. Paréceme que cuantos nuevos durmientes han pasado por Universidades ó colegios deben preocuparse poco de aquellos delirios de otra edad. Se visita á *Daibutsu* por curiosidad ó por diversión. Introdúcense en su interior, pues está vacío; juegan al escondite; contemplan el paisaje desde el mirador que corona la cabeza del coloso. Es un juguete grande, y nada más. Los japoneses se divierten al rededor del mastodonte, de igual manera que se divierten en el interior de sus templos.

(1) *Murray's Handbook for Japan.*

VIII

Al caer la tarde del siguiente día tomamos el tren para regresar á Yokohama.

Al dirigirnos á la estación pasamos segunda vez la avenida shogunal cobijados, por los viejos pinos que la adornan. El sol, escondido tras el horizonte, recoge sus rayos postreros, que doran las cimas de las colinas lejanas. La silenciosa llanura en la cual levantóse en tiempos que fueron la soberbia y hermosa capital de los Shoguns, desaparece paulatinamente, envuelta por la niebla violácea y gris que acompaña al crepúsculo vespertino. Pronto las sombras reinan omnipotentes. Sólo brilla la luz azulada y vaga de la luna que reclinase suavemente en las partes superiores de las ruinas.

TOKIO

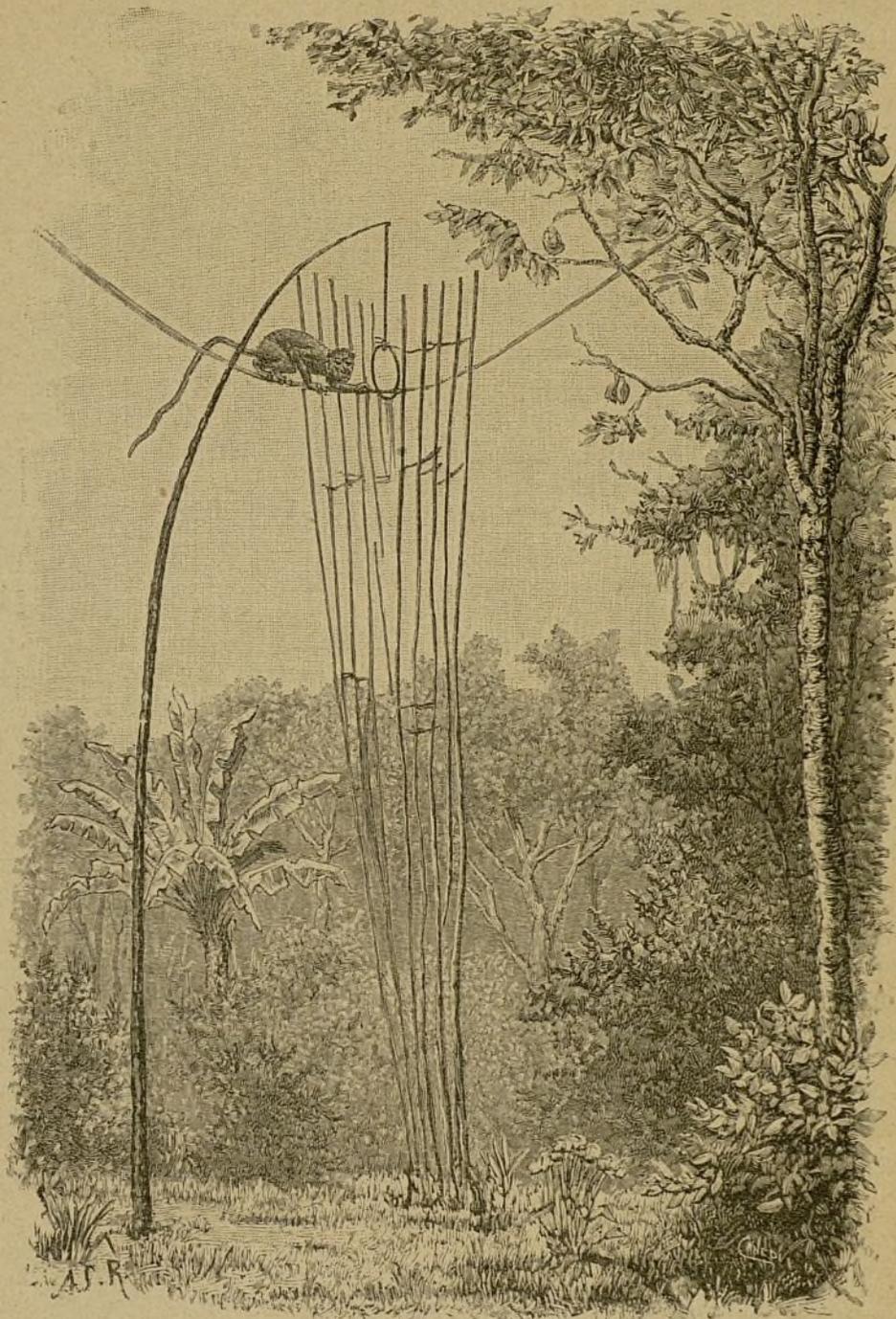
Tokio despierta. En sus calles empieza el bullicio: en las esquinas grupos de ocho ó diez *jinrikisha* acompañados de sus corredores de piernas desnudas, esperan tiritando la llegada de los clientes. Se abren las casas. Constante ir y venir de gentes se observa ante lecherías, abacerías, hoteles y otros mil y mil establecimientos que se multiplican en número indefinido en esta ciudad inmensa cuya extensión excede á la de París.

Los tranvías recorren Guiza, la *rambla* de Tokio. La vida reina exuberante en esta importante arteria de la metrópoli.

Cruzamos los canales, luego las robustas murallas del castillo, que parecen fuera de lugar entre este magnífico florecer de la moderna civilización. A corta distancia se levantan artísticos monumentos, suntuosos edificios, ricos palacios: Audiencia, Tribunal Supremo, Ministerio de Agricultura y Comercio, Ministerio de Estado. (*Véanse los grabados de las págs. 12 y 13*).

Otra muralla ciclópea, largas avenidas, plazas, magníficas quintas. Nos acercamos al palacio imperial, antigua residencia de los *Shoguns*, Tokugawa.

El movimiento crece: grupos de empleados, que visiten librea y llevan colgada del brazo blanca servilleta, con mesurado paso dirígense á las Administraciones; los vehículos corren por las polvorosas calles: una multitud cuyo exterior parece revelar actividad y sed de lucrativos negocios, luciendo el traje nacional, se cruza y



ÁFRICA ECUATORIAL.—CEPO PARA MONOS. Reproducción de un dibujo del Ilmo. Le Roy
(Pág. 9)

vuelve á cruzarse: algún excéntrico inglés hace en landó el matutinal paseo.

Tras el ancho foso (*véase el grabado de la pág. 12*) del castillo, al borde del cual avanzamos, se levanta la última de las colosales murallas, la que rodea el palacio del emperador Mutsuhito.

El sol baña de luz las murallas y el musgo secular que les viste, testimonios perennes de tiempos gloriosos que pasaron...

Al contemplar los puentes levadizos que no se levantan, involuntariamente recuérdase el turbulento feudalismo del siglo XVII y su brillante cortejo de *samurais* que blandían dos espadas. Movidos por el deseo de que renazcan las majestuosas comitivas de los *daimios*, las lucidas escoltas de heroicos guerreros, vienen todos

los años de las provincias del imperio, aun de las más lejanas, á rendir al *Shogun* tributo de vasallaje y amor. Aquella edad cuyos reyes eran la espada y la maza de armas, y que al son de cuernos marinos empezaban las luchas heroicas, ante estos antiguos testimonios renace potente en el alma del espectador.

En la actualidad el palacio de los *Shoguns*, antes inaccesible á los profanos, abre periódicamente sus puertas. Los extranjeros pueden visitarlo. En épocas determinadas, por ejemplo, al florecer las crisantemas, celébranse en él, como en las cortes europeas, suntuosas fiestas de real grandeza, durante las cuales alegran el aire las notas suaves de orquestas escogidas, que interpretan las mejores producciones de nuestros grandes maestros. Los ecos de las antiguas murallas temblarán de admiración al repetir acentos tan dulces que nunca pudieron soñar en la heroica edad en que nacieron.

(Se continuará).

LOS HERMANOS MARISTAS EN EL TRANSWAAL.

Al romperse las hostilidades entre ingleses y boers el colegio que los Hermanos Maristas tienen en Johannesburg, una de las principales ciudades del Transwaal, contaba 700 alumnos. Actualmente el número se ha reducido á 200; y los Hermanos se consideran dichosos por haber logrado evitar el cierre del colegio y la total destrucción del hermoso establecimiento. Han sufrido y sufren los efectos de esta guerra terrible, pero la Divina Providencia cuida de que sus penas sean llevaderas. El cónsul de Francia les ha prestado valioso apoyo. Cuando los ingleses entraron en la ciudad, las nuevas Autoridades dispensaron á los Hermanos numerosas atenciones. Merece citarse el hecho de que los abastecedores, forzados á salir de la ciudad, hicieron á los Hermanos depositarios de parte de los comestibles que tenían en almacén, diciéndoles que podían servirse de ellos para satisfacer sus necesidades; gracia especialísima y paternal de la Providencia que les ha preservado y les preserva de la miseria. Parte del espacioso establecimiento ha sido habilitado para ambulancia, y tienen el consuelo de salvar el alma de alguno de los soldados heridos que en ella se albergan.

VARIEDADES

VÆ VICTORIBUS!

En Diciembre, á las seis es completamente de noche. Minuto más ó menos, á esa hora volvía del monte José Gaio, solo, con el azadón al hombro, un poco mareado con la tronada que rugía á lo lejos sordamente. Sobre su cabeza, el cielo íbase tornando cada vez

más negro, con esa negrura espesa de tempestad que infunde pavor á los hombres y de la cual sienten miedo los mismos pájaros. Cesó de llover; pero el viento Sur comenzó entonces á soplar, agitando las grandes ramas desnudas de los castaños, haciéndoles murmurar no sé qué extraña elegía... Al brillar un relámpago más vivo, José Gaio apresuró el paso, persignóse y rezó el *Magnificat*. El trueno sonó al punto lúgubre, cavernoso, arrastrándose en retumbos por la inmensa anchura del cielo. Bajo los piés sentía José Gaio el camino barroso, encharcado por los fuertes chubascos de todo el día. Pero ya no distaba mucho el puente. Después venía la ladera, y en medio de la ladera la casa.

—¡Vamos allá, con ayuda de Dios! decía animándose.

Una súbita claridad de relámpago lo deslumbró. Ante sus ojos surgió de repente el paisaje mágicamente iluminado, y en seguida desapareció. Echó entonces á correr, aterrado; mas tan fuerte vino en seguida el trueno, que instintivamente el hombre se detuvo y elevó al cielo las manos suplicantes, con un gesto que imploraba misericordia. En aquella inminencia del peligro, hasta los árboles le parecían petrificados por el terror, á orillas del camino. Y al través de los castaños, el sordo rumor del viento era como la voz suplicante de la naturaleza, uniéndose á la voz del hombre en un nutrido coro de súplicas...

José Gaio iba transido. Mas hubo de hallarse peor cuando de repente, sin saber de dónde, alguien lo llamó con voz lúgubre:

—¡José Gaio!

El hombre paróse. Y como muy cerca de él se irguiesen los brazos de la negra cruz que indicaba haber sido muerto allí José Tendeiro, años ha, apretó el paso y tomó por un atajo en dirección al puente. Pero entonces la misma voz repitió más próxima:

—¡José Gaio!

Quiso huir, mas parecía que el miedo le cortase las piernas. Brilló en esto un relámpago, que iluminó de mil colores el paisaje. Cerró los ojos con fuerza, nerviosamente, herido por aquel resplandor, que de milagro no lo hizo rodar por tierra. Y cuando bramó el trueno, rudamente, yacía el campesino en el suelo, inmóvil como una estatua. Entonces sonó de nuevo la voz, como una prolongación del trueno:

—¡José Gaio!

Iba á seguir para ganar el puente. Parecíale que, una vez transpuesto, treparía á la ladera en un instante. Pero involuntariamente, cediendo á una fuerza violentísima, comenzó á retroceder, tambaleándose. Aquel rugir del agua, que bajo del puente formaba remolinos, rugir violento y monótono, infundióle gran pavor. Tuvo miedo, y empezó á recular... Sólo paró al oír la misma voz de antes:

—¡José Gaio!

Y luego, tras de la voz, como un rastro, un intensísimo relámpago color de sangre. Lo vió todo rojo, como incendiado, todo menos aquella cruz oscura, de largos brazos siempre abiertos y siempre firmes, que parecían desafiar la tempestad...

Aquella serenidad de la cruz, lo aturdió. Diríase que ese noble ejemplo de altivez venía á humillar más su

flaqueza. Desvió la mirada y cerró convulsivamente los párpados. ¡Pero en vano! que fué tan vivo el resplandor y tanto le hirió en el cerebro que sobre un fondo color de sangre, como en un transparente de magia, veía claramente dibujada, siempre firme y siempre altiva, la cruz que lo aturdera. Entonces sintió impulsos de huir: una oleada de valor parecía dilatarle el pecho, empujándolo. Y precisamente en este momento, la voz volvió á llamar:

—¡José Gaio!

Sintióse quebrantado, transido hasta lo más hondo de su ser. Un gran desfallecimiento lo invadió completamente, quebrándole la última fibra de su energía, como se quiebra un mimbre seco. La parálisis le atacó también al cerebro: no acertaba á formar un solo raciocinio ni elaboraba siquiera una idea, por más sencilla que fuese. Y fué preciso un enorme trueno para que se estremeciera todo, conmovido como la misma tierra. Después, otro relámpago hizo revivir en él la vida del espíritu; sintió gran pavor ante aquel súbito aspecto del campo, que delante de él perdíase de vista, encendido, como si todo estuviese en llamas. Aquí un pinacarrascal, una ermita allí, por todas partes casas, surgían de improviso dibujando claramente sus contornos, definidos maravillosamente en sus actitudes. Los grandes árboles desnudos, sobre todo, tenían un aire fantástico, en aquella nítida pureza de recorte, que trazaba en la luz las sinuosidades más delicadas de las ramas y los troncos. En medio de esta decoración mágica, á la vez majestuosa y tétrica, el triste campesino sentíase lleno de pavor, jadeante y casi inerte, tirado por tierra, rígido como la cruz que tenía delante. Y ni un solo gesto implorativo, ni una sola palabra de súplica le salía de los crispados labios. Porque una vez que trató de hablar, el más formidable trueno le cortó en la primera sílaba. Además, aquella voz no cesaba, imperturbable y monótona:

—¡José Gaio!

Y él, sin responder, ni hablar, creía conjurarla, exorcizarla, como si fuese la voz de un duende. Y á esta evocación de lo sobrenatural, ayudaba mucho, como el lector comprenderá, aquel aspecto sereno de la cruz negra, inmovible bajo el ala azotadora de la tormenta.

Vino en esto la lluvia, en gruesas gotas al principio, en hilos de agua después. Azotábalo inclemente, impedida ahora por un furioso viento Sur. No dió un paso para procurarse abrigo, ni siquiera se movió. Como todo él ardía en fiebre, aquel diluvio era casi un beneficio divino para su cabeza hecha un volcán. Pero cuando brillaron los relámpagos, aquella reverberación de la luz en los hilos de agua, le produjo un deslumbramiento más fuerte. Y quedó inerte sobre el camino enlodado, por donde el agua corría impetuosa, á la vez que la voz de siempre, sobreponiéndose al trueno, repetía del lado de la cruz:

—¡José Gaio!

Cobarde, sucio como un sapo, empapado hasta los huesos, así quedó; de bruces. Después, cuando abrió los ojos, en el gran charco en que tenía casi hundida la cara, veía reflejar la cruz á cada relámpago. Allí estaba ella, en su sitio, altiva, serena, sin temor á nada,

recta como un ejemplo... Y luego que pasó el diluvio, de sus brazos abiertos las gotas de lluvia caían, rojas por efecto de la luz, como gruesas lágrimas de sangre...

¡Cobarde! Ninguna comparación puede dar idea del estado de postración de aquel miserable, reducido por el terror á una casi inacción de animal muerto. Diríase que era un inmundo sapo, caído allí, abandonado en el fango innoble del camino, en espera de la arroyada que lo arrastrase... ¡Era abyecto!... Y á la vez que aquella bestia yacía así, aturdida, como buey postrado por un martillazo, en el extremo del horizonte, hacia el Sur, las fantásticas torres de las grandes nubes plumizas, listadas de negro y rojo, ametrallando con furia el espacio en todas direcciones, era todo cuanto nuestro espíritu puede concebir de más grandioso y más sublime, épico y trágico al propio tiempo, soberbio, majestuoso, imponente.

Pero la voz oíase siempre, por encima del viento, por encima de los truenos, aquella voz:

—¡José Gaio!

Así por largo tiempo, horas tal vez. El entorpecimiento causado por el frío agravábale el otro, el del miedo. Parecía pegado al fango, sujeto al camino como si fuese una roca. En tanto, á intervalos, tenía la conciencia clara de su posición y de su estado; y entonces una rabia súbita lo galvanizaba: quería erguirse, huir, desaparecer; erguirse como aquella cruz, huir como aquel viento, desaparecer como aquellos relámpagos, que no dejan rastro ni dan tregua...

Tales arrebatos de coraje eran, sin embargo, efímeros, impotentes para provocar un movimiento. Aquel diablo tenía que morir allí, miserablemente, innoblemente, como un perro á quien hubiesen amputado las cuatro piernas. Y esta idea, que le sugirió el instinto de vivir, lo atemorizó todavía más que la misma tormenta. ¡Morir allí! Pero, ¿qué duda tenía, si nadie le socorría, si no pasaba por allí alma viviente á tales horas? ¡Era horrible! En medio de un camino, en una medrosa noche de tempestad, al pie de aquella cruz negra de largos brazos, rígidos: ¡morir allí!... ¿Vertíanse quizá por él las lágrimas que parecía llorar la cruz?...

En esto pensaba, cuando un momentáneo silencio le permitió oír pasos á distancia. Alguien venía. Quienquiera que fuese, tenía que pasar por allí, que tropezar con él tal vez. Súbitamente, sintióse revivir. Estaba salvado. En breve estaría de pie, de pie como aquella cruz que un relámpago muy vivo acababa de mostrarle... Mientras tanto, la voz era la que no cesaba:

—¡José Gaio!

Mas los pasos ibanse acercando; y entonces, recelando que lo pisoteasen, reunió en supremo esfuerzo todas sus mayores energías, y se corrió hacia un lado, hasta quedar detrás de unos arbustos. Cosa notable fué, señores, que aquel miserable, en vez de gritar, callase, y se recogiera completamente en una absoluta quietud, con miedo de que lo sorprendieran. Y quienquiera que fuese, pasó, con la cabeza descubierta, por delante de la cruz que goteaba... A los oídos del miserable llegó un como murmullo de rezo... No iba solo rezando, iba también llorando, aquel hombre...

... ¿Quién sería?

Una claridad blanca de relámpago hizo surgir de las

tinieblas, lívido como un espectro, al hijo de José Tendeiro...

El desgraciado lloraba por el padre, asesinado allí años ha, en una noche como aquella...

Pasó, ladera abajo, en dirección del puente viejo. Sólo aquel cobarde no se movió, postrado sobre los brazos, casi pegado á la cruz.

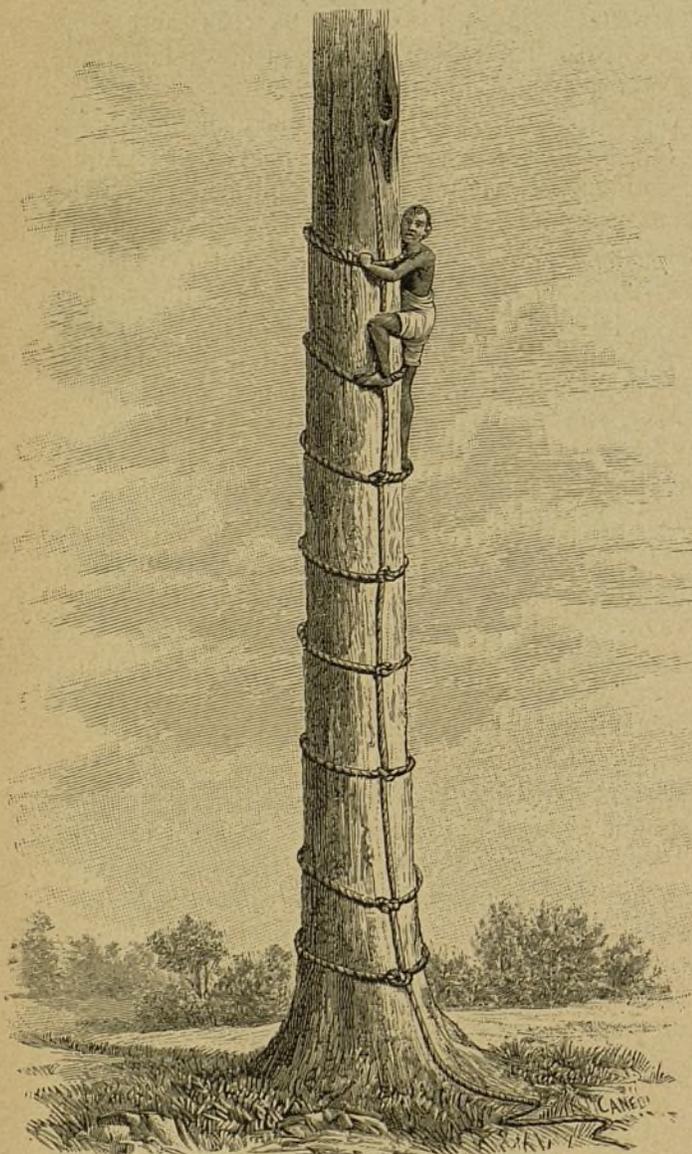
Y así estuvo horas y horas, hasta que, muy entrada la noche, cesó la tormenta, perdiéndose en un murmullo incesante, allá en el límite extremo del horizonte.

... Cuando salió la luna, lívida en un cielo de añil, ni la grande sombra de la cruz, cayendo sobre aquel cuerpo como un beso ó una bendición, logró reanimarlo. ¡Había muerto aquel estafermo!

Al otro día, como es consiguiente, fué allá la justicia. El anciano cura llegó después, á buscar el cuerpo. Los médicos no lo habían movido.



GABON.—CHOZA DE UN BUCHMAN (KALAHARI). Reproducción de un dibujo del Ilmo. Le Roy. (Pág. 9)



AFRICA ECUATORIAL.—PARA SUBIR Á LOS GRANDES ÁRBOLES. (Pág. 9).

—¡Sangre por los ojos, sangre por la boca, sangre por la nariz, una congestión de padre y muy señor mío! dijo uno riendo.

—Y muy mal empleada, añadió el del lado, indiferente.

Pero cuando los de la camilla dijeron á un tiempo—*¡Upa!* el buen viejo del cura cayó de rodillas delante la cruz, en una convulsión agudísima de lloros. Y elevando al cielo las manos cruzadas al cielo que un divino azul tornaba diáfano, exclamó sollozando:

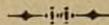
—¡Señor, Señor! ¡Vuestra justicia es tremenda, como es infinita vuestra misericordia!

—... Secreto de confesión...—pero el cura bien sabía quién había matado á José Tendeiro...

TRINDADE CÉLHO.

(Trad. por R. A.).

NECROLOGÍA



EL ILMO. P. SALVADO

APÓSTOL DE LA AUSTRALIA OCCIDENTAL

Hemos de dar á los lectores de *Las Misiones Católicas* la triste noticia del fallecimiento, acaecido en Roma, del insigne misionero de la Australia Occidental, el Ilmo. P. D. Rosendo Salvado, de la Orden de San Benito, obispo titular de Adriana, abad y prefecto apostólico de Nueva Nursia.

Nació el Ilmo. y Rmo. P. D. Rosendo Salvado en Tuy el 1.º de Marzo (fiesta de San Rosendo, fundador del celebrado monasterio de Celanova), en el año 1814. Vistió la cogulla benedictina en el monasterio de San Martín de Compostela, de la Congregación de San Benito de Valladolid, en la cual hizo sus votos solemnes

el día de Santiago, patrón de España, 25 de Julio de 1830. Allí vivía entregado al estudio y á la oración, cuando le turbó la infausta exclaustación del año 35, de tan triste memoria en los anales del siglo XIX. Mas, firmísimo el fervoroso joven en su vocación, antes que faltar á ella prefirió abandonar su patria, como otro Abrahán, é imitando á muchos otros monjes, fuese á Italia con otro compañero, el P. José Benito Serra, que después le siguió á las Misiones, donde llegó á ser obispo de Puerto Victoria, y luego administrador apostólico de Perth († 8 de Septiembre de 1887).

Recibido cordialmente por los monjes Casinenses de la Cava (Nápoles), terminó sus estudios en Roma, en el monasterio de San Calixto y colegio de San Anselmo. Retirado después en la Cava, sintió la vocación de Dios para las Misiones de salvajes, y fiel á ella obtuvo licencia para ir á Roma, donde se presentó con el P. Serra, después obispo de Daulia, á la Congregación de Propaganda, á primeros de Enero de 1845. Esta les destinó á las Misiones de la Australia, donde ya habían comenzado á sembrar la semilla del Evangelio los Benedictinos ingleses, entre ellos los PP. Polding, Ullathorne, Davis, Wilson y Murphy, que fueron los primeros obispos de la Australia y Nueva Zelandia.

Faltaba, sin embargo, el consentimiento del reverendísimo Padre Abad de la Cava, requisito indispensable para ir á las Misiones, consentimiento que les alcanzó el Ilmo. Brunelli, secretario de «Propaganda Fide.»

Hallábase á la sazón en Roma un enviado del ilustrísimo P. Polding, metropolitano de Sydney, el cual pedía que se creara una nueva diócesis en la Australia Occidental, como se hizo, siendo consagrado el P. Brady primer obispo de Perth, por renuncia del P. Ullathorne. A éste fueron asociados el P. Salvado y su compañero. Antes de partir les recibió en audiencia particular Su Santidad Gregorio XVI (monje benedictine camaldulense).

Tres días después, habiéndose despedido de sus hermanos monjes de San Calixto, salieron de Roma con el Ilmo. Sr. Brady, embarcándose en Civitavecchia para Marsella y Lyon, de donde fueron á París, llegando el 24 del mismo Junio. El 16 de Julio salieron de París (después de agregárseles el novicio benedictino Leandro Fontaine), y el 21 llegaron á Londres, de donde el Ilmo. Brady partió para Dublín, y los nuevos misioneros al monasterio de Dowside, del cual habían salido los primeros apóstoles de la Australia. Arreglados los asuntos, reunió toda su gente el Ilmo. Brady, embarcándose en Londres el 17 de Septiembre de 1845 en la



ILMO. P. SALVADO, APÓSTOL DE LA AUSTRALIA OCCIDENTAL

fragata «Isabel,» que los condujo á la Australia después de penoso viaje de ciento trece días, llegando á Fremantle el 7 de Enero de 1847, y dos días después á Perth.

El 25 de Febrero del mismo año 1847 fueron despedidos el P. Salvado y su compañero por el ilustrísimo señor Obispo, y luego partieron al interior del continente para comenzar su gigantesca empresa. Los trabajos y penalidades, las privaciones y fatigas, las tribulaciones y peligros que padecieron parecen increíbles. A ellos se agregó el primer año la pérdida de los tres compañeros que se les habían asociado, y la destrucción de la Misión y de todos los trabajos que habían hecho.

Trasladada ésta á mejor punto, comenzó el P. Salvado á construir otra nueva cabaña en 2 de Enero de 1847, pudiendo concluirla pronto con ayuda de los salvajes. Cambiando de sistema de misionar, se propuso verificarlo como los antiguos Benedictinos, haciendo asiento fijo, levantando monasterio que fuese centro de las Misiones, y dedicándose á la agricultura, lo cual le dió los más felices resultados.

El día 1.º de Marzo, fiesta de su santo Patrón, puso los cimientos del hoy ya famoso monasterio de Nueva Nursia, que así lo llamó en memoria de la patria de San Benito, destinándolo para dar hospedaje é instrucción á los hijos de aquel mismo continente. Dios y su bendita Madre protegieron el nuevo monasterio salvándole de un grande incendio que comenzó en el bosque y amenazaba reducir á cenizas la Misión: bastó poner ante él una imagen de María, y al punto retrocedió, haciéndole cambiar de rumbo un fuerte viento que comenzó á soplar en aquel momento.

En Julio del mismo 1847 tenía la Misión arados y sembrados por mano del P. Salvado unos treinta y cuatro acres de tierra; y poco después contó numerosas cabezas de ganado. Faltaba camino para dirigirse á Perth, y el P. Salvado con una cuadrilla de indios le abrió en una extensión de cuarenta millas. Finalmente, el 8 de Diciembre del mismo año se inauguró el nuevo colegio para los salvajes, entrando aquel día tres jóvenes ofrecidos por sus padres. Además, desde entonces el monasterio socorrió con lo que podía á cuantos indios se acercaban allí pidiendo comida, de lo que se valió el P. Salvado para conseguir que se dedicaran al trabajo.

Ciertos pastores, atraídos por la fertilidad del sitio, se metieron en él contra todo derecho con sus rebaños, y comenzaron á sembrar cizaña entre los salvajes y á poner en ridículo á los misioneros, castigando al mismo tiempo á los que acudían á ellos, de modo que se fueron ausentando de la Misión. Dieron cuenta los misioneros al Obispo, para que pusiera remedio, y al efecto se fué á Nueva Nursia, donde celebró Sínodo en Enero de 1848. Se determinó que el P. Serra volviese á Europa para allegar recursos y operarios para la viña del Señor. Así, pues, quedó solo el P. Salvado, que desde luego trató de adquirir nuevos terrenos, indispensables para el desarrollo de la Misión.

Otra nueva tribulación le sobrevino al P. Salvado á fin de dicho año. Cuando ya creía que llegaría su compañero el P. Serra con recursos de gente y limosnas, halló que había sido nombrado obispo de Puerto Victoria, lugar distante de Nueva Nursia más de dos mil millas. Esto desconcertó sus planes y los del Diocesano, quien determinó que se embarcara para Europa el P. Salvado, quien lo hizo el 8 de Enero de 1849. El 27 de Abril llegó á Swansea, en Inglaterra.

En Londres se presentó el P. Salvado con dos jóvenes australianos que llevaba, y con sus buenas razones ganó á mejor partido á muchas y notables personas que antes seguían opinión poco favorable á los australianos, tenidos por incapaces de civilización. De Londres pasó á París y Lyon, donde informó á la Propagación del estado de su Misión, y finalmente fué á parar al monasterio de la Cava á mediados de Julio de 1849, dejando allí los dos jóvenes que había traído, después de haberles vestido el hábito monástico Su Santidad Pío IX.

Al mismo tiempo que el P. Salvado llegaron cartas del Ilmo. Brady que pedía un coadjutor, y la Propaganda designó al Ilmo. P. Serra. Si esta noticia llenó de gozo á nuestro P. Salvado, pues se aseguraba de este modo la existencia de Nueva Nursia, pronto se le

cambió en tristeza, siendo turbada su profunda humildad con la noticia de que Su Santidad Pío IX le había designado para ocupar la vacante que había dejado el Ilmo. P. Serra. Hizo cuanto pudo para apartar de sí aquella pesada carga; pero eso mismo sin duda fué causa para que el Santo Padre le reputase más digno de la dignidad episcopal. Sometióse, pues, á la voluntad divina: recibió el P. Salvado la consagración episcopal de manos del eminentísimo cardenal Fransoni, asistido de los Obispos de Sidonia y Listri, el 15 de Agosto de 1849.

Arreglados todos sus asuntos, y habiendo ido á despedirse á la Cava de los nuevos monjes australianos, se embarcó el Ilmo. P. Salvado en Nápoles con siete misioneros de aquel reino, y llegó á Barcelona el 23 del mismo Agosto. Aquí encontró los misioneros que había recogido su compañero el Ilmo. P. Serra, los cuales recibieron el santo hábito el día 28 en Santa María del Mar, saliendo en seguida para embarcarse, en medio de un inmenso gentío que contemplaba admirado tan imponente manifestación religiosa. Ocho días después desembarcaron el P. Salvado y toda su gente en Cádiz, donde al mismo tiempo que tuvo la satisfacción de abrazar á su compañero de Misión el Ilmo. P. Serra, vió turbado su gozo con la nueva que éste le dió de la destrucción de Puerto Victoria, con lo cual quedada el Ilmo. P. Salvado pastor sin rebaño, obispo sin diocesanos. Esto le obligó á volver á Roma, donde permaneció cuatro años haciendo de procurador de Nueva Nursia, hasta que, habiendo alcanzado que se pusiera un vicario general en Puerto Victoria, llamado por el Ilmo. P. Serra, que no podía desempeñar bien los oficios de coadjutor de Perth y de superior de la Misión, ya por las distancias, ya por la falta de salud, volvió nuestro P. Salvado á la Australia, después de haber allegado recursos y gente para la Misión, acompañándole esta vez dos antiguos monjes, el P. Rivaya, con novicio suyo, y el P. Benito Martín.

Con la llegada del Ilmo. P. Salvado á Nueva Nursia cambió de aspecto la Misión, que ya amenazaba ruina. Gracias á su inteligencia y solicitud, las cosas mejoraron rápidamente, y Nueva Nursia comenzó á florecer, entrando en un nuevo período de prosperidad. No obstante, la vuelta del Ilmo. P. Serra á Europa le distrajo todavía unos cuantos años con la administración de la diócesis de Perth. Mas, como aumentasen cada día los cristianos en esta ciudad y en Nueva Nursia, no pudiendo el Ilmo. P. Salvado atender convenientemente á ambas partes, suplicó al Ilmo. Brady que pidiese á Roma otro coadjutor, como lo hizo.

Consagrado exclusivamente desde entonces á la dirección de la colonia benedictina, pudo realizar en ella importantes mejoras. Construyó una nueva iglesia y monasterio para los misioneros; edificó dos grandes casas para colegio de niños y niñas que eran confiados por sus padres salvajes á la Misión; levantó un hospital para recibir indistintamente á indios y europeos, á los pobres y enfermos; y una hospedería para los visitantes de la Misión, y además talleres para los diversos oficios de los monjes, y cabañas donde se recogiesen los indios que acudiesen.

Habíase propuesto el Ilmo. P. Salvado vivir y morir

en medio de su familia monástica y de sus amados salvajes, cuando por cartas llegadas de Europa supo que le iban á trasladar á la silla de Perth.

Como esto le alejaba de su querida Misión, cuya ruina podía venir con su partida, se resolvió ir á Roma, donde abogó personalmente por su causa, consiguiendo que Su Santidad no cargase sobre los hombros de un Obispo de salvajes, como él se llamaba, un cargo superior á sus fuerzas. Pero todavía consiguió más: que la Santa Sede declarara á Nueva Nursia abadía *nullius*, á lo cual agregó la Congregación de Propaganda el título de prefectura apostólica, asignándole un terreno de dieciséis millas cuadradas al rededor. El ilustrísimo Salvado, por decreto del 12 de Marzo de 1867, fué nombrado primer abad y prefecto apostólico.

Por el grande amor que le profesaba Pío IX deseó que, junto con el Ilmo. P. Polding, arzobispo benedictino de Sydney, asistiese en Roma á las solemnes fiestas que celebraron con motivo del décimonono Centenario del martirio de San Pedro y San Pablo, en representación del Episcopado del continente oceánico.

Después pasó á Francia, donde expuso á la Obra de la Propagación de la Fe las necesidades de su Misión. De allí vino á España con intención de fundar un monasterio colegio y escuela-granja para educar á los jóvenes españoles que desearan consagrarse á las Misiones de la Australia bajo la Regla de San Benito. El pensamiento fué bien acogido, y la reina Isabel II quiso cederle parte del Escorial, cuando la Revolución de Septiembre del 68 dió al traste con todos estos hermosos proyectos. También vió frustrados los de establecer un noviciado en Francia y en Italia, á causa de los trastornos de estos países, no obstante la buena voluntad y favorable acogida que le dispensaron sus hermanos de las Congregaciones de Solesmes y de Monte Casino. Así, pues, habiendo tomado parte en el Concilio Vaticano, donde se distinguió por su piedad y ciencia, y por la inquebrantable adhesión á la Silla de Pedro, como todos los Obispos españoles, tuvo que volverse á Nueva Nursia, después de haber reclutado un buen número de jóvenes compatriotas entusiastas por su obra. Sufrió nuevos trabajos, especialmente la gran sequía de 1866 á 78, que casi arruinó la Misión. Las lluvias volvieron á fertilizar la tierra, pero para remediar la falta de personal fué preciso que nuestro misionero hiciese otro viaje á Europa, donde pasó tres años, desde 1882 al 85, trabajando para la Misión y cooperando á la restauración de la Orden de San Benito en España, donde comenzaba á florecer en los monasterios de Samos, Silos y Montserrat. Debidos á sus consejos y diligencias se fundó en este último el colegio de Misioneros de Ultramar, que ya ha comenzado á dar sus frutos en el archipiélago filipino, y los dará también, Dios mediante, en las Misiones de Australia.

Catorce años más tarde, viendo de nuevo mermado el personal de Nueva Nursia, y deseando asegurar su existencia, volvió el infatigable apóstol á Europa, llegando á Roma á fines de 1899, y en Septiembre de 1900 agregó el monasterio de Nueva Nursia á una de las florecientes Congregaciones que hoy tiene la Orden de San Benito. Poco después se presentó en España para alistar gente, comenzando por hacer un llamamien-

to entre sus hermanos, que correspondieron á él según sus deseos. A principios de Noviembre volvió á Italia, obligado por sus negocios y llamado por el Primado de la Orden Benedictina, que deseaba que asistiese el anciano apóstol, Obispo y monje, á la solemne consagración de la iglesia del colegio Internacional Benedictino de San Anselmo.

Asistió en Roma sin novedad á las fiestas de la consagración sobredicha, y luego al Capítulo general de la Congregación Casinense de la primitiva observancia, después de lo cual comenzó á padecer del estómago, llegando á tanto su debilidad que en pocos días le sacó de este destierro en el monasterio de San Pablo, extramuros de Roma, después de haber recibido con singular fervor y devoción los Santos Sacramentos y la bendición especial de León XIII. Murió el día 29 de Diciembre, víspera de la Traslación de Santiago apóstol, á España, siendo de edad de ochenta y seis años, llevando setenta de monje benedictino, cincuenta y cuatro de apostolado, y cincuenta y uno de obispo, habiendo dado ejemplo de todas las virtudes propias de estos diversos estados.

Sentidísima ha sido entre sus hermanos la muerte del ilustre benedictino, por quien estaban haciendo votos al Señor á fin de que le concediera llevar á cabo la expedición que estaba iniciando. No quedará ésta frustrada á pesar del contratiempo que ha sobrevenido; pues, Dios mediante, partirán para Nueva Nursia los monjes que ya estaban alistados, admitiéndose también á los jóvenes seculares que se crean con vocación para las Misiones, tanto los que lo han ya solicitado, como los que lo pidieren á tiempo, dirigiéndose á los superiores de Montserrat, donde recibirán los informes que convenga.—X.

CRÓNICA

China.—Con singular satisfacción damos cuenta del nombramiento de caballeros de la Legión de honor con que el Gobierno francés ha distinguido al Ilmo. Favier, lazarista, obispo de Pekín; á su coadjutor, el Ilmo. Jarlin; al Ilmo. Bruguière, lazarista, obispo de Tchen-Tin-Fú; al R. P. Becker, de la Compañía de Jesús; al R. P. Laveissiere, de las Misiones Extranjeras de París, misioneros de China, y á la Hermana Lieutier, hija de Marsella, superiora del hospital francés de Pe-Tang, y residente en China hace veintitrés años.

Al nombrar al P. Laveissiere, misionero de la Mandchuria hace once años, el *Journal officiel* hace constar que este sacerdote ha dado pruebas de heroico valor y que ha recibido seis heridas. Las distinciones que anteceden han sido otorgadas á petición de M. Pichón, embajador de Francia en Pekín.

América del Sud.—El Ilmo. Terrien, delegado de la Obra de la Propagación de la Fe, ha emprendido un nuevo viaje por la América del Sud. El celoso Prelado se propone en esta segunda campaña en favor de nuestra Obra, recorrer Venezuela, Colombia y la América Central. A continuación la consoladora carta que antes de partir recibió del Emmo. Sr. Cardenal Rampolla, secretario de Estado de Su Santidad:

«Al entregar á Su Santidad las cantidades por V. S. I. recogidas en Chile para el Dinero de San Pedro, le hice presentes los sentimientos de filial afecto que V. S. I. ha testificado aprovechando sus viajes por la América Central y Meridional para mover á los fieles á socorrer la augusta pobreza del Jefe de la Iglesia. Su Santidad mostró gran complacencia, y me encarga dé á V. S. I. las gracias por los servicios prestados á la Santa Sede, y le diga que tiene el gusto de darle una bendición especial, no dudando que en lo sucesivo merecerá nuevos favores de la Sede Apostólica.»

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Ginés Morales, de Mazarón.	25 ptas.
Miguel de Echeverría, de Motrico.	4 »
José Cendrós, Pbro., de Valldarques.	2 »

Para las Misiones de China

Ambrosio Arribas, de Herramelluri.	2 »
María Patrocinio Arribas, de idem.	10 »
Argimira Ranedo, de idem.	5 »
Raimundo de Lujando, de Calahorra.	5 »
Ginés Morales, de Mazarón.	25 »

Para la Misión Pei-See-Tauan

N.	10 »
------------	------

EL PATRIARCA S. JOSÉ

ESPOSO DE MARIA SANTISIMA

según la V. Madre sor María de Jesús de Agreda, por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores. Adornado con hermosos grabados.

Precio: 2 ptas. en rústica.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.

LIBROS

El alma religiosa en la escuela del Corazón de Jesús, ó sea *Mes de Junio* para las personas consagradas á Dios.—1 pta. en tela.

El devoto del Sacratísimo Corazón de Jesús: ejercicios piadosos para obsequiar al Divino Corazón, por el P. Longinos Navás, S. J.—En 16.º, 30 cénts. en rústica, y 75 en tela.

Del conocimiento y amor de Jesucristo. Libro de oro en el que se da exprimida la esencia de muchos volúmenes.—En 16.º, 1'50 ptas. en piel.

El corazón educado en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, por D. Serafín Casas Abad.—En 16.º, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela.

El Corazón de Jesús predicado. Sermones sobre su devoción, por D. Francisco Cuesta Espino, Pbro.—En 4.º, 2 ptas. en rústica, y 3 en pasta.

Declaración y meditaciones de los Oficios del Sagrado Corazón de Jesús, por el P. Antonio Gació, S. J.—En 8.º, 50 cénts. en rústica.

De la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y de sus excelencias, por el Padre Segundo Franco.—En 8.º, 1 pta. en rústica, y 1'75 en pasta.

Un mes en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, seguido de un Triduo, Novena y Primer Viernes, por D. Enrique de Ossó, Pbro.—En 16.º, 1'50 ptas. en piel.

Mes de Junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, acomodado á toda clase de personas, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—En 16.º, 38 cénts. en rústica, y 75 en tela. Edición fina, 75 cénts. en rústica, y 1'75 ptas. en percalina y cantó dorado. Otra edición en catalán, á 30 céntimos en rústica, y 75 en tela.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

ALMANAQUE DE LOS AMIGOS DEL PAPA

— PARA EL AÑO 1901

Publicado por la **REVISTA POPULAR**: está en venta el más completo y artístico Almanaque católico español.

TAMAÑO igual al de la «Revista Popular.»

NUMEROSOS grabados.—**ELEGANTE** cubierta.

Ilustraciones de J. Camins, R. Opisso y J. Torres.

PRECIO: 50 CÉNTIMOS,

y 60, remitido por correo.

Todos los trabajos literarios son escritos ex profeso para el ALMANAQUE por los distinguidos publicistas católicos: Trinidad Aldrich; Antonio Bruna; M. C. G.; Jaime Collell, Pbro.; Pedro el Ermitaño; Dr. Franco; Constantino Garrán; Antonia Gili; Joan M.ª Guasch; Pedro Lisboa; Aurora Lista; Mariano; Arthur Masriera; Agustín Mundet; Cosme Parpal; A. P.; José Paradedá; José Pallés; Jorge L. Pascual; Raquel; Luis Ram de Viu; Isidoro Ruiz; Narciso Sicars; F. S. y S., y J. T.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

OBRA NUEVA

VIDA DE LA BEATA MARÍA MAGDALENA MARTINENGO DE BARCO
capuchina del Monasterio de Brescia

obra escrita en italiano por el R. P. Luis de Liorno, primera versión castellana. Trátase de una Sierva de Dios de las más admirables en penúltimo siglo, por sus heroicas virtudes de altísima oración y extraordinaria penitencia. Flor escondida de la Segunda Orden Seráfica, puede servir de modelo á cuantas almas aspiren á la perfección interior de su espíritu.

Forma un elegante volumen de unas 300 páginas en 4.º, adornada con fiel reproducción del retrato de la Beata, y véndese al precio de 3 ptas. en rústica. Por correo, certificado, 50 cénts. más.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

LAS MISIONES CATÓLICAS

ILUSTRACIÓN MENSUAL.—ÓRGANO OFICIAL EN ESPAÑA DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE
AÑO IX DE SU PUBLICACION

Consecuentes en el deseo de hacer que el órgano oficial de la Obra de Propagación de la Fe sea digno representante de la misma, aumentaremos durante el año 1901 con valiosos grabados las condiciones artísticas del mismo, y tenemos en cartera estudios notabilísimos cuya publicación empezaremos, debidos á los más sabios misioneros católicos.

Colección completa de LAS MISIONES CATÓLICAS.—Los ocho tomos publicados forman un total de cerca de 4,000 páginas, en folio, y 1,200 grabados y véndense al ínfimo precio de 63 PESETAS.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona